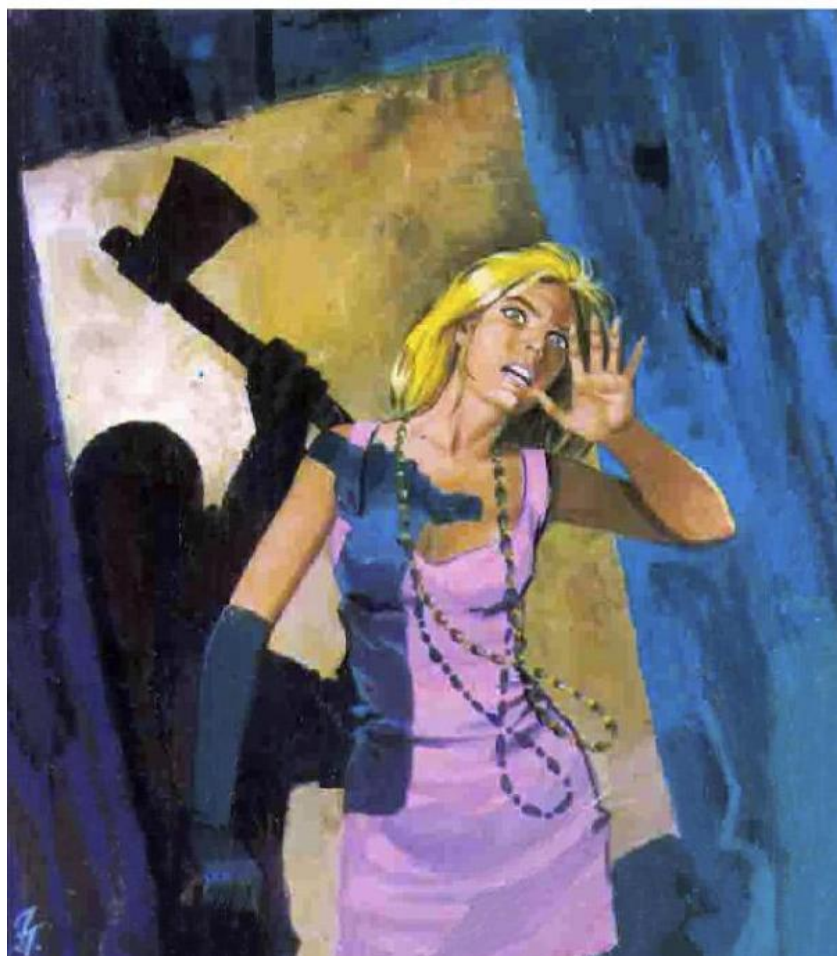


BOLSILIBROS
BRUGUERA
SS
SERIE
SERVICIO SECRETO

una voz entre las sombras

SILVER KANE





SS **SERVICIO SECRETO**



SILVER KANE

UNA VOZ ENTRE LAS SOMBRAS

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1.076

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 2.910-1971

Impreso en España-Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1971

© SILVER KANE-1971
sobre la parte literaria

© TRIAY-1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
1.206.—Miss Diablo.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.072.—Sólo valgo para morir.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
738.—Infierno: capital, Dodge City.
- En Colección KANSAS:
666.—Un buitre llamado Cox.
- En Colección BUFALO:
910.—Tumba para un federal.
- En Colección ASES DEL OESTE:
502.—Ni más ni menos que un hombre.
- En Colección BRAVO OESTE:
515.—La casa del eterno olvido.
- En Colección COLORADO:
637.—Jinetes de medianoche.
- En Colección CALIFORNIA:
751.—Todos esperaban la muerte.
- En Colección PUNTO ROJO:
464.—Quince *rounds* para morir.
- En Colección HEROES DE LA PRADERA:
63.—Réquiem por un pistolero.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
5.—Un regalo llamado Muerte.

CAPITULO PRIMERO

La casa estaba situada en el barrio parisino da Passy, y tenía un pequeño jardín en la parte delantera y un gran jardín en la posterior. *Le Monde* y *Le Figaro* habían estado anunciándola durante tres días: «Señorial casa, de las que ya no se encuentran en París. Mil metros cuadrados de jardines. Dos pisos, ocho habitaciones, tres baños.

Disfrute de la soledad y el aire puro, teniendo a su alcance todas las comodidades de la capital. Se alquila por años. Precio y condiciones a convenir».

Eso de «precio a convenir» había asustado a la gente.

Mal asunto, cuando en el anuncio de un alquiler no se indica la suma a que asciende.

Eso quiere decir, generalmente, una sola cosa: «Pobretones, abstenerse»

Y ningún pobretón había acudido por allí.

En cambio, habían acudido:

Una millonaria americana, a la que la casa le pareció demasiado sombría y demasiado grande.

Dos amiguitos cogidos de la mano, y a los que el administrador no quiso alquilársela.

Dos amiguitas cogidas de la mano, y a las que el administrador no quiso alquilársela.

Un amiguito y una amiguita cogidos de la mano, y a los que el administrador sí que se la quiso alquilar. Pero en eso llegó la esposa del amiguito, y este y la amiguita fueron a parar al hospital más cercano. Total: de negocio, nada.

Un pintor de fama, al que le gustó todo —precio incluido— menos el hecho de que las habitaciones tuvieran poca luz. Total, no se la quedó.

El administrador ya empezaba a desesperar de que aquello resultara.

Y estaba pensando en reanudar los anuncios en *Le Figaro* y *Le Monde* —además de hacerlo en algunos otros periódicos más

populares—, cuando se detuvo aquel coche ante la verja.

El administrador, inmediatamente, lo calibró.

No resultaba tan difícil, tratándose de un «Rolls».

Matrícula inglesa.

Buenas rentas, buenos impuestos, bueno todo.

Buenas piernas.

Eso lo pensó, al abrirse la portezuela y bajar la chica.

Sí, señor. ¡Qué piernas!

¡Y qué princesita!...

Pero el administrador parpadeó, al darse cuenta de que ella necesitaba de un bastón para caminar. No lo notó hasta que la muchacha hubo bajado totalmente del coche. Se dio cuenta también de que llevaba una falda muy cortita, unas medias muy finas y un vestido oscuro con el cuello blanco como el de una colegiala. Se dio cuenta también de que la chica tenía, en todo, aspecto de colegiala suculenta, aunque ya debía rondar los veinte años.

Con ella descendió un hombre, dejando el «Rolls» estacionado en el vado particular de la casa.

El hombre debía tener unos treinta años.

Su aspecto era entre enérgico y señorial, entre deportivo y mundano.

Esa mezcla de cualidades que no posee todo el mundo, sino solo un verdadero *gentleman*.

El administrador les saludó y les abrió la cancela, al ver que se dirigían a la casa.

—Buenos días, señores. ¿En qué puedo servirles?

El hombre mostró un ejemplar doblado de *Le Monde*.

—Leímos ayer su anuncio —musitó, en perfecto francés, aunque con un leve acento británico.

—Sí, señor. Lo hemos puesto durante tres días.

—¿Está ya alquilada la casa?

—Tengo muchos compromisos —dijo el administrador, mintiendo como un bellaco, claro—. La casa es una joya, hay que reconocerlo, y esto ha sido un continuo desfile de personas que se interesaban por ella. Pero, precio por precio, el dueño me ha pedido que valore la calidad de los inquilinos. Entiéndalo. Esta no es una casa para que viva cualquiera, aunque ese cualquiera pague.

Y miró significativamente el «Rolls», mientras trataba de

convencerse de que no era de los de alquiler sin chófer.

Pero el reloj del hombre acabó de convencerlo.

Era un «Rolex» de oro macizo. El de ella era un «Pateh Philipe», de brillantes y platino.

Un par de bagatelas, sí, señor.

—¿Quieren ver la casa?

—Con mucho gusto —dijo la muchacha, sonriendo—. Pero no quiero causarle molestias innecesarias. Primero quisiera saber el precio.

—Oh, eso no tiene importancia —dijo el administrador—. Primero vean la casa, y si les gusta, hablamos del precio.

—No, no... Ese es un detalle fundamental —murmuró la muchacha—. No quiero darle ningún trabajo, si el precio no me interesa.

—Bueno, pues... En fin, el asunto se puede tratar. El acuerdo es pagar un año anticipado, pero también se puede fraccionar en tres, cuatro partes... ¡Ejem! El precio son cuarenta mil francos. Mobiliario completo incluido, por supuesto. Un mobiliario de primera clase.

—El precio me interesa —dijo rápidamente el hombre—. Es alto, pero hay que reconocer que ya no se encuentran casas tranquilas y amplias en París. Veámosla, si no le importa.

—Con... con mucho gusto. ¡Claro que sí! ¡Con mucho gusto, caramba!

Les enseñó la casa.

No cabía duda de que esta era señorial.

Una verdadera joya, construida por un burgués del siglo XIX, cuando casi no había impuestos y cuando el servicio era barato. El mobiliario era casi todo él estilo Imperio.

Sin embargo, no faltaban detalles ultramodernos, como un gran aparato de televisión, una lavadora automática, triturador de basuras y cuartos de baño con cerámica italiana.

También había un gran piano de cola.

Fue eso lo que pareció decidir a la muchacha.

Un soberbio piano de cola de Chassaigne Frères, perfectamente afinado.

También había otras cosas.

Cosas inquietantes, según cómo se las mirase.

O inexplicables.

Por ejemplo, una gran colección de pelucas, puestas sobre sus soportes de mimbre, como en el escaparate de una peluquería de señoras. Pero aquí causaban un efecto casi siniestro, igual que cabelleras que hubieran sido arrancadas por la fuerza a personas vivas.

Había también una espantosa colección de cabezas reducidas de tamaño, como las que a veces se han encontrado en Nueva Guinea. Pero estas no correspondían a indígenas, sino a hombres y mujeres blancos.

Por fin había también, en la buhardilla, una auténtica guillotina, aunque sin cuchilla. Es decir, una guillotina inofensiva, si bien de un considerable valor histórico.

El administrador sabía que todos aquellos objetos eran elementos negativos de primera clase.

A nadie le gustaban.

¡Estúpida manía la del dueño, de querer conservarlo todo tal como estaba!

—Habrán observado que todos los objetos se conservan en su lugar de origen —murmuró—. Los primitivos dueños, los padres del actual propietario, eran unos riquísimos coleccionistas, que habían viajado por todo el mundo. Pero si se quedan la casa y todo eso no les gusta, lo haré retirar. También pueden cambiar el ambiente de las habitaciones si lo desean, y me llevaré los muebles sobrantes, sin cargo alguno para ustedes.

La muchacha miraba el piano.

Bisbiseó:

—Reconozco que algunas cosas son muy extrañas, pero a diferencia de otras personas, a mí eso no me disgusta.

—Hum... Resulta usted una... una mujer sorprendente.

—Mi prometida, la señorita Ingrid, tiene una profesión que no es del todo normal —dijo, sonriendo, el hombre.

—Ah, pero, ¿trabaja?

—Sí. Es escritora de novelas policíacas.

El administrador parpadeó.

Y lo primero que pensó fue:

«Miseria. Seguro que el coche no ha salido de las novelas. Ejem... Habrá que ir con cuidado».

—Naturalmente, no solo vive de eso —dijo el hombre—, aunque podría hacerlo porque sus novelas tienen mucho éxito en nuestro país de origen, Inglaterra. Pero al mismo tiempo, posee la cuantiosa fortuna de los Newcombe. Por mí parte y aunque me esté mal decirlo, tampoco soy pobre. Soy Robin Stafford, el heredero de los Stafford. Mi profesión es la de ingeniero naval, pero actualmente diseño yates de recreo para los millonarios.

El administrador quedó convencido plenamente.

Y hasta casi se conmovió ante tanta riqueza junta y al alcance de su mano.

—¿Puedo confiar en que les interese la casa? —murmuró.

Robin hizo un gesto dubitativo.

—El precio es conveniente, pero...

—¿Pero qué, señor?

—La señorita Ingrid tuvo un accidente de coche hace tiempo, y aún está convaleciente. He observado que todos los dormitorios están arriba, lo cual significa subir y bajar muchas escaleras.

—Podríamos instalar un dormitorio abajo, señor. Yo mismo cuidaría de la ambientación y el traslado.

—También hay que reconocer que el ambiente es... es un poco sombrío.

—Todos esos objetos que ustedes han visto pueden ser retirados fácilmente.

—No, no me refiero a eso solamente. Quizá sea la luz... No sé, es algo que no acierto a explicar. O el jardín posterior... Está algo descuidado. Hay momentos en que produce la sensación de ser una selva.

—Creí que esa era una de las virtudes de la casa, señor. La sensación de libertad que da su jardín, viviendo en pleno París. De todos modos, los árboles pueden podarse y las hierbas ser limpiadas. Todo cambiaría en un par de días de trabajo.

Ingrid no había hablado.

Seguía mirando el piano.

—¿Quién tocaba en él? —murmuró.

—La antigua dueña, la madre del actual propietario. Aún recuerdo las piezas que solía tocar. Y me parece ver sus manos sobre el teclado. *El concierto de Varsovia* era una de sus melodías favoritas.

Y tocó las partituras que había sobre el piano. Casi todas ellas arreglos del *Concierto de Varsovia*. También había un par de partituras originales, tal como el concierto se concibió.

—Pocas veces tocaba otra cosa —dijo.

Y al soltar las partituras, estas produjeron sobre el piano una leve nubecilla de polvo.

Fue en aquel momento cuando lo oyeron.

Fue en aquel momento cuando captaron el sonido que parecía llegar de todas partes, de las ventanas, de las paredes, de las entrañas de la casa. Era un sonido lento, suave. Un sonido casi amargo. Un sonido que parecía resucitar después de haber muerto, como si la música también muriese.

Porque aquello era música.

Lejana, difusa.

Inexplicable.

Robin había palidecido.

Musitó:

—¿Qué es eso?

—Pues... pues... —el administrador había palidecido mortalmente también—. Quizá alguien pasa cerca llevando un transistor a todo volumen, señor.

—Eso no es un transistor. Es un equipo de alta fidelidad. Y no suena en un lado, sino en todos los lados de la casa. Dígame, ¿hay en ella algún equipo de «Hi-fi»?

—Pues... pues justamente no, señor. Nunca lo ha habido.

Y quedó alelado, mirando como atónito todos los rincones de la casa, oyendo aquella música que unas veces se iba, otras avanzaba, que lo llenaba todo como una obsesión.

Robin bisbiseó:

—Es el *Concierto de Varsovia*... Vámonos. Vámonos de aquí, Ingrid.

Pero Ingrid movió la cabeza negativamente, con los ojos cerrados, como si quisiera captar mejor cada inflexión de aquella música.

—Al contrario —musitó—. Es ahora cuando me interesa de verdad la casa...

CAPÍTULO II

Robin detuvo el coche suavemente ante el vado, y cortó el contacto. Una penumbra grata, pero tal vez un poco siniestra, se hizo en torno a los dos. La cancela blanca, recién pintada, destacaba entre las sombras quietamente. Al fondo, detrás de los árboles, la casa no era más que una gran mancha gris.

El hombre encendió un cigarrillo, tras haber ofrecido otro a Ingrid, que lo rehusó.

—Has hecho una verdadera tontería, querida —bisbiseó—. Creo que empezó por ser una tontería tu traslado a París.

—Londres me entristecía mucho en esta época del año, Robin. Además, ¿qué puedo explicarte que tú no sepas? El accidente, la muerte de mí padre, quedando yo sola... Malos recuerdos por todas partes. No había escrito ni una línea en seis meses.

Por eso decidí cambiar de aires y venir a París. Aquí se me borrarán de la cabeza todo aquello.

—Y yo te acompañé, Ingrid. He buscado un trabajo en los astilleros de Cherburgo, lo que me permitirá vivir en París casi continuamente. El dinero no es obstáculo para ti ni para mí. Pero lo que me inquieta es... es esta casa.

Avivó un poco la brasita del cigarrillo, haciendo que entre las sombras emergiera su rostro.

—Vimos unos áticos estupendos —dijo—. Y hasta apartamentos con mucho carácter en pleno barrio Latino. ¿Por qué aquí? ¿Por qué alquilar precisamente esto?

—Yo siempre he vivido en casas solariegas, con muchas habitaciones, Robin. Me ahogaría en esos apartamentos en que hasta los movimientos de los inquilinos están calculados.

Paseó su mirada a través del parabrisas, por los grandes bloques, por las casas-colmena que empezaban a levantarse al otro extremo del paseo.

—Pronto ya no quedarán casas como esta —dijo—. Todo el

mundo vivirá en nichos numerados. Hemos alquilado una especie de reliquia, que me gusta, Robin.

—Di mejor he alquilado. No hemos. Yo viviré parte de la semana en Cherburgo, diseñando yates de recreo y el resto en París. Pero estaré hospedado en el hotel Crillon, aunque solo sea por el «qué dirán». No quiero que nos alojemos en la misma casa, Ingrid.

—Tú siempre tan británico.

—¿Y tú no?

Ingrid sonrió, mientras aceptaba, al fin, un cigarrillo y usaba el encendedor eléctrico.

—Yo también soy muy británica, Robin, lo confieso —murmuró—. Me gusta, por decirlo así, vivir en medio de un clima respetable. Pero no hace falta que exageremos, caramba. Si quisiéramos acostarnos juntos, igualmente encontraríamos el modo. Por el hecho de que vivamos bajo el mismo techo algún día, no va a pasar nada.

—Cierto —musitó Robin—, no va a pasar nada. Por eso mismo, ¿para qué dar motivo de murmuración?

—No te falta razón en parte.

—Claro que no me falta. Pero no es eso de lo que quería hablarte, Ingrid. Todo el rato, mientras estábamos en la ópera, he estado pensando lo mismo. No te alojes sola ahí. Deberías esperar a contratar alguna sirvienta o un ama de llaves.

—Una mujer vendrá todas las mañanas a hacer la limpieza y prepararme la comida.

—Sí, pero, ¿y las noches?

—¿Es que tienes miedo, Robin?

Él se estremeció.

Por sus ojos pasó como una especie de neblina.

—No me gusta la casa, Ingrid. Ni... ni la música.

—También yo he estado pensando en eso, Robin.

Y tiene una explicación.

—Yo no encuentro ninguna.

—La música debía proceder de alguna casa vecina.

—¿Por qué dices eso? El jardín nos aísla completamente. Además, la música llegaba de todas partes: de la derecha, de la izquierda, del suelo... Lo llenaba todo. Y era... y era El concierto de Varsovia.

Los dedos de Ingrid, que descansaban sobre el *tablier*, temblaron

un momento.

—¿Qué piensas, Robin?

—Nada especial... Mejor dicho, no me atrevo a pensar nada.

—Hay cosas que parecen no tener explicación, y luego resulta que tienen una explicación sencilla.

—Como en las novelas, ¿no?

—No lo digas en ese tono. Las cosas de las novelas pasan en la vida. Y a veces pasan en la vida cosas que en las novelas nadie se atreve a poner, porque los lectores no lo creerían. Pero la música ha sido como un desafío para mí. No sé si lo entiendes.

Pero desde el momento en que la he oído, he pensado: «Eso ha de tener alguna explicación. Yo he de encontrarla».

—¿Y estás dispuesta a hacerlo?

—Sí.

—¿No tienes miedo, Ingrid?

Ella lanzó una carcajada alegre, llena de ecos argentinos.

—¿Miedo? ¿Por qué? Me he hartado de escribir novelas en que puertas misteriosas se abren sin sentido; en que personajes que ya llevaban muertos veinte años, vuelven a pasearse por los pasillos o a sentarse a las mesas; he escrito novelas de voces que hablan a las mujeres desde la oscuridad. ¿Y quieres que tenga miedo?

No, no me importa. Estaré ahí todo el tiempo que haga falta, empezando por esta noche.

—Ingrid... no lo hagas.

—¿Pretendes que me vaya contigo al hotel Crillón?

—Sí, hazlo. Y espera a tener una mujer contratada día y noche. Sólo entonces podrías estar tranquila en esa casa.

Ingrid lanzó una carcajada.

—¡Qué situación! ¿Te imaginas a la dueña, a la que murió?

—Sí. ¿Y qué?

—¿Te imaginas que viniera a contratarse como ama de llaves, yo la aceptara y nos quedaríamos solas?

Robin apretó los puños.

—¡Eres imposible, Ingrid! ¡Imposible! ¡A veces me pregunto qué cuerno he visto en ti! ¡Resultará imposible vivir con una novelista que tenga esa imaginación!

¡Imposible!...

Ingrid rio otra vez.

—No te pongas así, Robin. Es para demostrarte que no tengo miedo.

—Te telefonearé a media noche.

—Bueno, como quieras. No me cuesta volverme a dormir. Aunque me despiertes, es igual.

Y fue a salir del coche.

Al abrir la puerta, las luces interiores se encendieron.

Y mostraron las piernas de Ingrid.

Sus medias oscuras.

El nacimiento de sus muslos tersos y blancos.

Robin tenía la boca seca.

Musitó:

—Ingrid...

Y la atrajo hacia sí con fuerza, casi con brutalidad, mientras la besaba en la boca.

Cuando pudo respirar, ella bisbiseó:

—¡Qué poco británico te has vuelto, caramba!...

CAPÍTULO III

Ingrid entró en la casa.

Oía el quedo golpear de su bastón sobre las baldosas de mármol, cuando salía de la zona cubierta por las alfombras. Lo oía como si sonara muy lejos al otro lado de las paredes.

Toc... Toc... Toc...

Ingrid apretó los labios.

¡Qué tontería!

Ella había escrito en los lugares más extraños del mundo. Y a veces de los más siniestros también. Ehl casas abandonadas del norte de Escocia. En refugios de pescadores en invierno, cuando no había nadie.

Y hasta en un castillo del Rhin, cuyos dueños habían muerto poco antes, y que le alquilaron por una semana.

¿Por qué sentía esta cosa tan extraña ahora?

¿Era esto el miedo?

Toc... Toc... Toc...

Llegó hasta las escaleras.

Había caminado a oscuras hasta entonces, porque no sabía bien dónde estaban los conmutadores de la luz. Pero recordaba que al pie de las escaleras existía uno.

Lo hizo girar.

Y la luz no se encendió

Ingrid sintió frío en la espina dorsal, un frío levísimo, que duró un solo instante.

¿Una avería?

No, no podía ser eso.

A través de las ventanas ella veía encendidas las luces de la calle.

Y entonces chascó dos dedos. Claro, eso tenía que ser. Como la casa estaba deshabitada, el administrador cortaba el paso de la luz por el interruptor general, al retirarse. Aquel día debía haberlo

hecho maquinalmente también, sin recordar que la casa ya estaba alquilada.

Pero, ¿dónde estaba el conmutador general de la luz?

¿En la cocina? ¿En el vestíbulo? ¿En el garaje?

No podía ponerse a buscarlo ahora a tientas, y sin conocer apenas la casa.

«Bueno —pensó—, tendré que resignarme... Pero de todos modos supongo que habrá alguna vela».

La había.

Sobre la chimenea de mármol, en un candelabro de plata, descansaba un alto cirio, que solo servía para adornar. Pero ahora iba a servir para cosas más prácticas.

Empleando su encendedor de oro, Ingrid prendió fuego a la mecha. Una lucecita cárdena iluminó medio metro en torno al sitio donde ella estaba. Las sombras retrocedieron un poco, pero más allá de la zona de luz siguieron siendo tan misteriosas y tan hostiles como siempre.

Ingrid tragó saliva.

Fue avanzando.

Toc... Toc... Toc...

Las escaleras.

Los grandes cuadros que la adornaban hasta llegar al primer piso.

Rostros de hombres y mujeres que ya estaban muertos desde cien años atrás.

Lujosas levitas que parecían hechas para ser lucidas en el Parlamento, y ricos vestidos confeccionados para los estrenos de la Opera. Collares que el pintor había conservado con toda su magnificencia. Dinero, dinero, dinero a raudales.

Y el paso del tiempo.

El paso misterioso del tiempo que da un carácter distinto a todo.

La muchacha empezó a ascender.

Cada peldaño la obligaba a apoyarse en el bastón, porque su pierna izquierda aún no respondía bien. El dormitorio que ella había elegido era el segundo de la planta superior. La casa se alquilaba incluso con ropas, de modo que no había sido necesario traer nada.

Entró en él.

Y entonces se dio cuenta de un detalle.

La cama había sido probada.

Se notaba la huella de un cuerpo sobre el cobertor de seda.

¿Quizá lo había hecho la asistente que el administrador contrató para que adecentase un poco aquello? Pero, ¿tan imprudente o tan estúpida era? Si tenía mucho interés en probar la cama, ¿no podía haberse dado el capricho antes de hacerla, sin necesidad de dejar su huella?

Quieta en el umbral, Ingrid sentía en torno suyo los mil ruidos misteriosos de la casa.

El «cric, cric» de la carcoma en algún mueble ignorado, aquí y allá. El gotear del agua en algún grifo mal cerrado. El rumor de las hojas en el jardín, al ser mecidas por el viento.

Todos aquellos eran sonidos naturales. Incluso lógicos.

Pero hacían estremecer a Ingrid y no sabía por qué.

Se acercó a la cama, y se dio cuenta entonces de un segundo detalle. Ella había escogido, sin darse cuenta, la habitación en uno de cuyos estantes estaba la colección de pelucas. Caso de haber recordado aquel detalle, hubiese elegido otra habitación.

Pero no era eso solo.

No bastaba dormir con ellas, con aquel detalle estremecedor, con las pelucas de una mujer muerta.

Es que además... ¡faltaba una!

¡La recordaba perfectamente! ¡Una larga peluca negra, color de ala de cuervo!

Los ojos de la muchacha, entre asombrados y curiosos, miraron la colección.

Habían sido siete pelucas. Ahora solo había seis. Sus colores y tamaños eran de todas las características e iban del pelirrojo al blanco.

Faltaba la negra.

La muchacha fue silenciosamente hacia el tocador, donde depositó la bujía. Y fue allí, pegado al cristal, donde distinguió el pequeño papel con unos signos escritos.

La tinta ya estaba casi borrosa.

Aquello debía haber sido escrito muchos años atrás.

Sin embargo, acercando la luz, aún se distinguían las letras perfectamente. Era una lista en francés; una lista de los días de la

semana, y de la peluca que correspondía, según la distribución que de su tiempo hacía la dueña: Domingo. —Campo. —Rubia corta.

Lunes. —Recepciones. —Blanca corta.

Martes. —Compras. —Rubia larga.

Miércoles. —Cócteles. —Pelirroja.

Jueves. —Teatro. —Negra larga.

Viernes. —Masaje y deporte. —Negra *garçon*.

Sábado. —Recepciones. —Blanca larga.

Los labios de Ingrid temblaron.

Por lo visto, la mujer que llevaba aquel tren de vida no dedicaba al trabajo ni un minuto. Debía haber sido un parásito, como tantos y tantos nobles ingleses lo eran también. Por eso Ingrid no había querido nunca ser como ellos. Por eso había ido con sus originales bajo el brazo, de editor en editor, desde los catorce años. Por eso trabajaba.

Pero los pensamientos que la ocupaban ahora eran otros.

Hoy era jueves. Aún era jueves, porque no habían dado las doce de la noche.

Correspondía la peluca larga negra.

¡Y era esa la que faltaba! ¡La peluca larga negra!

La muchacha sintió que se le helaba la sangre. A pesar de toda su serenidad, a pesar de toda su experiencia en situaciones que parecían inexplicables, ahora los nervios le fallaron. Corrió a ciegas hacia el vestíbulo, a toda la velocidad que pudo, porque supo que en el vestíbulo había un teléfono.

No llegó a la puerta.

Esta, entonces, antes de que ella la alcanzara, se abrió con un chirrido lentamente.

CAPÍTULO IV

Ingrid se detuvo en seco, ahogando un grito de terror.

No había sido el viento.

No había sido tampoco un movimiento espontáneo de la vieja puerta.

Alguien estaba allí.

¡Alguien que la había estado observando!

Ingrid sintió que le zumbaban las sienes.

—¿Quién está ahí? —musitó—. ¿Quién? ¡Por Dios, hable!

Nadie respondió.

Pero Ingrid oyó el siseo de unos pasos que se alejaban poco a poco.

Ella salió entonces al vestíbulo también.

Ladrones, tenían que ser ladrones.

Resultaba estúpido pensar otra cosa.

En las escaleras le pareció ver una sombra que se esfumaba entre las tinieblas. La sombra fugitiva de una mujer vestida de negro. Pero esa mujer —le pareció apreciarlo— no llevaba los cabellos largos, sino los cabellos cortos.

Ingrid chilló:

—¡Oiga!

La sombra desapareció.

Y otra vez imperó el silencio, otra vez imperaron las tinieblas.

La soledad.

Y aquella oscura, extraña sensación de muerte.

—¡Oiga!

Ingrid se apoyó en la pared. No llevaba ni su bastón. Tanteando las sombras, fue descendiendo poco a poco.

—¡Oiga!...

Pero las paredes repitieron el eco de su voz. Nada más. Y los ojos de la muchacha se desencajaron casi al ver el teléfono rebrillar quedamente en la planta baja.

Casi cayó de rodillas ante él. Levantó el auricular con un gesto ansioso.

Conocía muy bien el número del hotel Crillón, pues ella había vivido allí mientras buscaban alquilar una casa. Lo marcó a toda velocidad, como si de ello dependiera su vida.

—Oiga... ¡Oiga! ¿Hotel Crillón? ¿Ha visto si ha llegado ya el señor Stafford?... ¿Qué no?... ¿Qué todavía no ha retirado su llave?... ¡Por Dios! ¡Dígale que ha llamado Ingrid! ¡Apenas entre, dígaselo! ¡Que venga enseguida! ¡Que venga! ¡Que venga!...

Y colgó, mientras una corriente de frío le recorría la espalda.

De pronto se volvió, porque había tenido la sensación de que unos ojos la espaban. De que la silueta de la mujer que antes había entrevistado se encontraba ahora a su espalda.

Pero no había nadie.

Sólo el silencio y los relieves de los muebles.

El silencio...

Cuando Robin Stafford volvió a la casa, veinte minutos después, la encontró aún de rodillas ante el teléfono, muy quieta, con la mirada perdida, como si estuviese muerta.

CAPÍTULO V

El administrador tenía un viejo y aristocrático despacho en la rue Châtelet. Miró con cierto asombro a Robin Stafford, que se había sentado frente a él. Robin, un hombre jovial y atractivo, parecía ahora sin embargo un viejo. Una profunda arruga de preocupación cruzaba su frente. Dos pliegues se marcaban de su nariz a sus labios.

A toda aquella impresión ayudaba su manía de usar ropas oscuras, ropas de caballero, que iban bien con su «Rolls», pero que no le favorecían.

—¿Y dice usted que eso ocurrió anoche? —musitó—. No es posible, señor Stafford.

Admito que, por costumbre, cerré el paso general de la luz al marcharme, lo cual es un fallo por el que le ruego me disculpe. Pero, ¿lo demás? Lo demás es absurdo, señor Stafford. Le prometo que en la casa no había nadie.

—Tal vez alguien entró a robar.

—¿El qué? ¿Una peluca?

—Admito que es absurdo —murmuró Robin—, pero mi prometida perderá los nervios allí. Ya le he contado lo que sucedió. Yo acababa de llegar al hotel Crillon cuando...

—Sí, sí, ya me lo ha contado... Y no me interprete mal, pero... pero, ¿su prometida ha sufrido alguna vez pesadillas, señor Stafford?

—¿Qué dice?

—Nada, nada... Perdone.

—Mi prometida es una muchacha normal y equilibrada, cuyo único defecto —por ahora— es tener una pierna herida.

—Pero tiene mucha imaginación... Podríamos decir que vive de su imaginación, ¿no es así?

—¡Mi prometida vive de sus rentas! ¡Mejor dicho, no las toca porque quiere vivir de su trabajo, pero no es de esas pobres

personas que han de comer gracias a su imaginación, a sus músculos o a lo que sea!...

El administrador hizo marcha atrás.

Por lo visto, Robin Stafford tenía el orgullo de los viejos poseedores de tierras, cuyos padres se envanecían de no tener que dar golpe. Y por lo visto, los hijos, a ser posible, seguían sin darlo.

—Perdone... pero, ¿insiste usted en que, por lo que me ha contado, su prometida debe dejar la casa?

—Yo creo que debería hacerlo.

—Ustedes me pagaron el alquiler de un año...

—Quédese un trimestre entero, y vuelva a alquilarla. Es una bonita suma por haber dormido una sola noche. Aunque lo que se dice dormir...

Al administrador no le interesaba perder tres cuartas partes de la renta anual porque quizá tardaría más de un trimestre en alquilar la casa de nuevo. Una agencia de viajes se la hubiera tomado enseguida, pero los turistas... ¡Uf, los turistas lo destrozan todo!

—Supongo que eso de dejar la casa debería decírmelo la propia señorita Newcombe —murmuró—. Ella es la inquilina al fin y al cabo.

—¡Pero yo cuido de ella!

—Se lo ruego. Déjeme, al menos, consultarla.

Robin se encogió de hombros.

—Haga lo que le plazca. La encontrará en la sala de lectura del hotel Crillón. La he dejado allí, mientras yo resolvía con usted este asunto, sin permitirle que volviera a la casa.

El administrador consultó en la guía, y movió el número. Unos instantes después estaba al habla con Ingrid Newcombe.

—Ya sé que mi prometido está ahí —murmuró ella—. Esta mañana hemos acordado que hablara con usted, pero luego lo he pensado mejor. Verá... Tal vez yo estaba nerviosa, y sufrí algo así como una pesadilla.

—Estoy seguro de eso, señorita Newcombe.

—Fui una cobarde y una estúpida. Yo, después de haber escrito tantas novelas de misterio, dejarme impresionar de aquella manera... ¿Sabe dónde encontré la peluca esta mañana? Debajo del tocador. Debía haberse caído. Créame, estoy avergonzada.

Y la casa sigue siendo un desafío para mí. Si yo ahora me

marchase de allí, me sentiría avergonzada.

—¿De modo que no la deja?...

Robin, demasiado nervioso, arrebató casi el auricular de las manos del administrador.

—¡Ingrid! ¡Tú y yo habíamos acordado que no volverías allí! ¿Qué dices ahora?

¿Qué no dejas la casa?

—He decidido que no, Robin. Ya te lo explicaré.

—¡Aquello acabará con tus nervios! ¡Lo que haces es una locura!

—Si me marchase, me parecería una huida estúpida. Y no discutamos por una tontería así, Robin. No insistas tampoco. Ya sabes que soy bastante terca.

—¡De acuerdo, Ingrid, no es que seas terca! ¡Eres una mula! Pero al menos me vas a permitir que haga una cosa. He esperado a tener tu conformidad, pero ahora, aunque no me la des, lo haré de todos modos.

—¿A qué te refieres?

—Buscaré una mujer que te acompañe. Tiene que ser joven y fuerte. Pondré un anuncio en los periódicos ahora mismo. Y telefonearé a varias agencias por si pueden enviarme enseguida a alguien. Quiero, dejar ese asunto resuelto hoy mismo.

—Como quieras, Robin. ¿Ves? Eso que dices es una cosa mucho más razonable.

Robin murmuró:

—Nos veremos enseguida.

Luego miró al administrador.

—Con su permiso.

Y colgó.

Los dos hombres se miraron mientras la luz del sol, débil y tamizada, flotaba entre los dos y terminaba posándose en un busto de Napoleón que no se sabía por qué demonios estaba allí, ya que, al menos que se sepa, Napoleón no se dedicó nunca a la administración de fincas.

Robin musitó algo avergonzado:

—Me temo que le he molestado sin ningún motivo, señor.

—No le dé importancia. Comprendo que usted se preocupe por la señorita Newcombe si ella no tiene a nadie más en el mundo.

—Por lo menos no tiene a nadie que la quiera tanto. Yo me he

perjudicado mucho, económicamente, al venir a París, no crea. No es solo por el trabajo de los yates, que está peor pagado en Francia que en Inglaterra. Es porque allí yo también administraba la colosal fortuna de mis padres. Ahora he tenido que dejar esa misión en manos de personas a las que hay que pagar. Y lo peor es que no sé si puedo confiar enteramente en ellas.

De pronto sonrió.

—Perdone. No he querido ofenderle, ni siquiera por aproximación. Olvidaba que usted también es administrador.

—No me ha ofendido, señor Stafford. Y tome, por favor, una tarjeta mía, con el número de teléfono particular. Si ocurre algo durante la noche puede llamarme, aunque estoy seguro de que no va a ocurrir nada.

Tendió la mano a Robin, que se alejó ceremoniosamente.

Era una lástima de tipo.

Guapo, alto, joven, bien plantado.

Pero con su manía de parecer un banquero de la City, cargado de preocupaciones.

Con su arruga vertical en la frente. El administrador pensó: «Un fulano que lo tiene todo para ser feliz, y va caminando por la vida con esa facha... ¿Qué más quiere? Si yo tuviera la mitad de su fortuna, ya me habría instalado a vivir en un palco del Folies Bergère con derecho a cocina...»

* * *

El anuncio apareció en los diarios de la tarde, pero además Robin había telefoneado a varias agencias de colocaciones. Por eso no era extraño que ambos esperasen para aquel anochecer en el hotel Crillon un incesante desfile de gente.

Ambos decidieron aguardar en uno de los salones hasta que las primeras candidatas llegasen.

Y fue allí donde Ingrid encontró de nuevo a su amiga Wanda.

¿Cuánto tiempo hacía que no veía a Wanda?

Quizá desde que ambas dejaron el aristocrático colegio de Surrey tres años antes.

Wanda, que era entonces una chica distinguida y algo pálida, se había convertido en una espléndida mujer. Tenía todas esas cosas

que vuelven locos a los hombres fuertes.

Su cabellera pelirroja era provocativa como una llama. Pero vestía discretamente,

quizá con demasiada discreción para estar en un sitio tan elegante como el Crillón de París.

Ingrid la llamó con ilusión:

—¡Wanda!

Wanda se volvió al reconocer su voz, con una expresión de sorpresa en los ojos.

—Ingrid... ¿Tú, en París? Creí que estabas en Escocia después del accidente...

—No. Ahora viviré una temporada aquí. ¡Qué alegría de verte! ¿Tú también te hospedas en el Crillón?

Las dos mujeres se besaron.

Wanda contempló el ambiente con cierta secreta desilusión, como si se dijera que toda aquella riqueza ya no formaba parte de su mundo.

—No, yo no vivo aquí.

—Pues, ¿a qué has venido? ¿Tal vez alguna cita?

—Sí, eso es. Justamente una cita. Por pura distracción he aceptado el trabajo de acompañar a una dama que se dedica a coleccionar obras de arte. Yo podré asesorarla porque ya sabes que entiendo de eso. Al mismo tiempo perfeccionaré el italiano. La dama en cuestión es de Roma.

—No sabes cuánto me alegro, Wanda. Y es estupendo que una chica como tú ocupe su tiempo en algo útil. Conoces a Robin Stafford, supongo. Mi prometido...

Ella tendió la mano a Robin, que se la estrechó con una galante inclinación de cabeza.

—Nos presentaron hace dos años en un baile en el castillo de Windsor, con motivo del cumpleaños de la reina —dijo él—. Lo recuerdo perfectamente. A una mujer como Wanda es imposible olvidarla.

Los tres rieron, mientras Robin hacía una seña al camarero para que les trajese unos combinados.

Las dos mujeres se sentaron, cruzando las piernas. Robin les ofreció cigarrillos. Luego, Wanda miró con curiosidad a Ingrid.

—Estás estupenda...

—Sí, ahora ya me he rehecho un poco del accidente y la muerte de mi padre. Pero solo físicamente. Moralmente no estoy centrada aún. E incluso para andar necesito ayudarme con un bastón todavía.

—¿Qué haces en París?

—Pensaba volver a escribir un poco. Firmé un contrato con un editor de Londres, y aún no he podido cumplirlo. He alquilado una casa en Passy. Una casa demasiado grande. Por cierto, ¿has visto ya a la señora a la que vas a acompañar?

—No. Dentro de un momento preguntaré en conserjería. Y tú, Ingrid, si vives en Passy, ¿qué haces en el hotel Crillon?

—Estoy aquí para una cosa muy prosaica. He puesto un anuncio en los diarios de la tarde pidiendo una dama de compañía. Me interesa una mujer joven y fuerte. Supongo que dentro de poco empezará a presentarse gente.

Wanda palideció.

—Vendrá mucha gente —bisbiseó—. Sí, claro... Esos empleos son muy buscados, sobre todo por las chicas que quieren seguir aparentando distinción. Tú tienes mucho mundo, y sabrás elegir, Ingrid. Bueno, no quiero molestaros más. He de buscar a mí dama italiana para ver si me interesa...

—Pero, ¿tanta prisa tienes? ¡Por favor, bebe con nosotros una copa!...

—Vosotros estabais muy tranquilos aquí. Es mejor que...

Y fue a levantarse.

Robin dijo con voz suave:

—Por favor, Wanda.

—¿Qué pasa?

—Usted y yo solo nos hemos visto una vez, pero me merece todo el afecto por ser amiga de Ingrid.

Y creo haberme dado cuenta de algo que quizá Ingrid no ha llegado a ver. Le suplico que no se ofenda. Nunca me perdonaría equivocarme en una cosa así.

Wanda volvió a sentarse, mirándole con los ojos entrecerrados.

—¿Qué es lo que piensa, Stafford?

—La dama italiana no existe.

—¿Qué... dice?

—Usted ha venido al Crillon a buscar trabajo, pero no ha querido decir la verdad al vemos. En realidad se ha producido aquí

una circunstancia casual, que de todos modos es muy lógica. Nosotros habíamos solicitado una mujer culta, joven y fuerte, preferiblemente hablando inglés y siendo capaz de moverse en las más altas esferas.

Usted reúne todas esas circunstancias, y por eso está aquí. El anuncio que la ha traído es... es el que hemos puesto nosotros.

Ingrid se llevó las manos a la boca.

—¡Robin! ¿Por qué dices eso? ¡Wanda tiene una fortuna personal enorme! ¡Si se decide a aceptar algún trabajo es solo por distracción!

—Si me equivocara, habría cometido una grosería incalificable —murmuró Robin, confuso—. Quizá tenga motivos para estar avergonzado.

Los ojos de Wanda se nublaron un momento.

Susurró:

—No, no se ha equivocado, Stafford. Más vale que en esta maldita vida las personas nos decidamos a decir la verdad. Supongo que ustedes han telefoneado a la agencia Vernet.

—Sí, esa ha sido una de ellas —musitó Robin.

—A la agencia Vernet ya hace tiempo que le tenía pedido un trabajo de acuerdo con mis facultades. Hace poco me han telefoneado. Me han dicho que era... una magnífica oportunidad.

Los ojos de Ingrid se habían nublado también.

Estaba confundida.

—Ya hace años que la fortuna de Wanda no existe —dijo la recién venida con un soplo de voz—. Eso lo saben muchas personas en Inglaterra, y si tú no lo sabes, Ingrid, es porque no te dedicas al cotilleo social. Pero si vine a París fue para buscar trabajo fuera del ambiente de los murmuradores. No puede decirse que haya tenido demasiada suerte hasta ahora. Las señoras romanas, coleccionistas de obras de arte... no abundan.

Los ojos de Ingrid se habían humedecido un momento.

Bisbiseó:

—Tú no puedes ser nunca mi empleada, Wanda.

Eres... demasiado para mí. Por favor, acéptame el dinero que necesites. No quiero que pases ningún apuro mientras yo esté en París.

—Lo que necesito es trabajo, Ingrid, no dinero. Pero comprendo

que tienes razón.

Y fue a levantarse de nuevo. Ingrid la sujetó por una mano.

—Espera.

—No hago más que causarte molestias, Ingrid.

—Es el destino el que te ha traído, Wanda. Hagamos un trato. No seas mi empleada.

Vive conmigo, simplemente, en la casa de Passy. Vivamos como dos amigas, como cuando estábamos en el colegio de Surrey. No tendrás sueldo para que nunca pueda decirse que eres mi empleada. Lo que yo haré será depositar dinero en tu cuenta corriente. Déjalo de mí criterio.

Wanda bisbiseó:

—Me avergüenza decirlo, pero no sabes el favor que me haces, Ingrid. Ya empezaba a estar desesperada.

Ingrid le tendió, sonriendo, la copa para que bebiese.

—Trato hecho —dijo—. Nos iremos dentro de un momento. Esta misma tarde puedes conocer la casa de Passy...

CAPÍTULO VI

La casa de Passy.

Al diablo con ella, amigos.

Teniendo dinero, usted habría elegido seguramente una residencia en el Bosque de Bolonia, que resulta más agradable. C una casa campestre cerca de Versalles, lo que le permitiría situarse en París en una hora, disponiendo de un buen coche. O habría buscado un buen piso en el boulevard Saint Michel —que los hay— para alegrar su vista desde las ventanas con las minifaldas de las chicas.

Pero no estaría en Passy, en una casa donde parecen ocurrir cosas inexplicables.

En fin, Ingrid ya estaba allí.

Le gustaba el ambiente. Y aquella casa— los misterios de la casa — seguían siendo como un desafío para ella.

El dormitorio de Wanda estaba contiguo al de ella. Una vez instaladas las dos mujeres, Wanda quiso preparar algo para cenar.

—Por favor, no lo hagas —murmuró Ingrid—. Tú no eres la criada. Saldremos a cenar fuera.

—No te conviene cansarte, mientras uses el bas— tón. Además, me gusta la cocina. En Surrey nos daban clases los viernes, ¿recuerdas? Será como volver a los buenos tiempos.

Y abrió la nevera, que el administrador había hecho generosamente llenar, aunque cargando su importe en cuenta, claro.

—Huevos, mantequilla, salchichón, pan... Hay de todo. Y latas de las más variadas clases... Hum... Caviar. No falta nada, Ingrid.

Y se dispuso a abrir una de las latas.

Ingrid musitó:

—¿Por qué has puesto la televisión?

—¿Yo? ¿Qué?...

—La televisión. Está funcionando.

—No oigo nada.

—¡Pero si se oye perfectamente! Dan... Dan la única música que yo no esperaba en este momento oír... ¡El *Concierto de Varsovia*!

Wanda, todavía con la lata en la mano, la miró, perpleja.

—Ingrid... ¿qué dices?

—Digo lo que oigo. ¿Es que acaso no lo oyes tú?

—Te juro que... No escucho nada.

Ingrid se volvió de espaldas y caminó hacia la puerta. Desde allí vio la gran sala donde estaba el lujoso aparato de televisión. La pantalla estaba a oscuras; el aparato no funcionaba. Pero ella seguía escuchando la música, llegaban hasta sus oídos, claras y nítidas, las notas que ella escuchó por primera vez, siendo una niña, en la banda magnética de una película ya antigua, protagonizada magistralmente por Anton Woolbrock.

El Concierto de Varsovia...

¡Claro que lo estaba oyendo!

Y ella no se había vuelto loca. Por descontado que no. Lo oía perfectamente.

¡Perfectamente!...

—Pero, Wanda —musitó—, ¿no escuchas nada?

—Nada...

Ingrid se dejó caer sobre una de las butacas.

Estaba a punto de llorar.

Pero la música cesó.

Cesó tan súbitamente como había empezados.

Wanda musitó:

—Quizá sea conveniente que salgamos a cenar fuei'a, Ingrid.

—No, 110... Es ahora cuando quiero quedarme aquí.

—Esta casa te obsesiona...

—Sí. Es un misterio. Hay en ella algo que he de tratar de comprender.

—Mientras piensas, te prepararé un trago.

—No quiero que me sirvas, Wanda. Lo haré yo misma.

—Como quieras... Mientras tanto, prepararé la cena. Pero no digas que esto es servirte.

Abrió la lata y preparó una cena un tanto de circunstancias, pero apetitosa y agradable. Para acompañar al caviar, en la nevera no faltaba ni una buena dosis de botellas de champaña de la viuda Cliquot.

A las dos les pareció que las cosas cambiaban.

Empezaban a sentirse más alegres.

A la luz de las velas brindaron con el mejor champaña del mundo.

—Por nuestra salud, Ingrid.

—Por nuestros recuerdos, Wanda.

Iban a dejar las copas en la mesa, después de beber, cuando lo oyeron. Fue como un chasquido brusco y breve. Como un tajo. Una especie de siniestro claaask.

Y venía de arriba, de la parte más alta de la casa.

Wanda musitó:

—¡Qué sonido más extraño! Parece como si hubiera caído algo muy especial.

—Sí —murmuró Ingrid, muy pálida—. Algo como... como... No sé explicarlo.

Wanda chascó dos dedos.

—¡Eso es! ¡Ahora lo comprendo! ¡Debemos estar borrachas las dos, porque lo que hemos oído es imposible!

—¿Qué... hemos oído?

—Una cosa que me quedó grabada en una película... El chasquido de la hoja al caer en la guillotina. ¡Eso es! ¡La caída de la guillotina! Pero qué tontería, ¿verdad? Por eso digo que debemos estar un poco bebidas. En esta casa no hay ninguna...

Ingrid había palidecido mortalmente.

La copa cayó entre sus dedos a tierra, haciéndose mil pedazos.

—Wanda... —musitó—. Tú no has visto la casa. Pero, ¿cómo has comprendido que aquí tiene que haber una guillotina?...

CAPÍTULO VII

Las dos mujeres estaban junto a la puerta de la buhardilla. Una luz casi irreal, amarilla, lejana, las alumbraba. El pomo de la puerta brillaba quedamente, y detrás de ella todo era silencio.

Wanda musitó:

—Ingrid, ¿de verdad en esa habitación hay una guillotina?

—Sí. La vi al llegar aquí.

—¡Pero eso es absurdo!

—Es una simple pieza de interés histórico. O quizá una reconstrucción muy bien hecha.

—Pero eso es peligroso. Un cacharro así podría...

—No tiene cuchilla.

—Ah, vaya... Menos mal. Abramos de una vez. A ver si es eso lo que ha caído.

Y Wanda empujó la puerta.

Parecía no tener miedo a nada, o quizá no creía aún en la extraña maldición de aquella casa.

El conmutador de la luz estaba a la izquierda de la puerta. Lo pulsó, y una luz también amarilla iluminó la estancia.

La guillotina estaba en el sitio donde la vio Ingrid por primera vez. Pero ahora el soporte de la cuchilla no estaba arriba, sino abajo. Había caído bruscamente, produciendo el sonido que ambas oyeron desde el salón.

Ingrid murmuró:

—Dios santo...

—No sé por qué te preocupas.

—¿Te parece natural esto?

—Ni natural ni antinatural. Mira, la cuerda que sostiene el soporte se ha roto. Quizá estaba podrida. Ha caído, y en paz. No veo que haya motivo para asustarse.

—No, claro. Si se mira aisladamente el hecho, no lo hay. Pero esto... y la música... y lo de la peluca...

Wanda puso los brazos en jarras.

—¿Sabes qué te digo, Ingrid?

—¿Qué?...

—Lárgate de esta casa. Vuelve a Inglaterra. O, mejor, instálate

en un hotel de la Costa Azul, tú que puedes pagarlo.

—Comprendo que debería hacerlo, pero...

—¿Pero qué?

—Esta casa ya ha llegado a obsesionarme.

—Desengáñate. Lo primero que te dirá un médico es que las obsesiones arruinan la salud de cualquiera.

—Pero esta guillotina... ¿qué hace aquí?

—¿No se lo preguntaste al administrador?

—No me atreví. Él se apresuró a decir que la retiraría.

—Pues que la retire. Oye, ¿no tienes su teléfono particular?

—Sí. Él se lo dio a Robin, y Robin me lo dio a mí.

—Pues llámale. Dile que mañana, sin falta, vengan a llevarse ese trasto.

Y descendió a la planta baja.

Ingrid la siguió.

Un momento después, el administrador estaba al teléfono. Se enteró del asunto, y dijo que al día siguiente retiraría la guillotina, pero insinuó que los clientes deberían pagar el transporte.

—Comprenda... Yo la hubiera retirado antes de alquilar la casa, pero ahora...

—Sí, claro, ahora ya ha cobrado. En fin, no importa. Supongo que sabrá dónde meter esa fúnebre caja de matar.

—Por supuesto. El hijo de la señora Pascal se hará cargo de ella.

—¿El hijo de la señora Pascal?

—Ella era la dueña de la casa. Bueno, tal vez debí decírselo. El señor y la señora Pascal eran los propietarios. Ahora solo queda su hijo, en cuyo nombre actúo.

—¿Y él no actúa nunca? Porque he observado que el contrato lo firmaba usted mismo.

—Cierto. Tengo poderes especiales. Es que el joven Pascal es todavía menor de edad.

—Ah... Comprendo.

—Él fue quien realizó toda clase de esfuerzos para tener esa guillotina. Perteneecía al Estado francés, que fue a cederla a un museo, cuando la declararon fuera de uso, por demasiado vieja. Pero el joven Pascal pudo comprarla.

—Hum... ¡Pues sí que tiene bonitas aficiones! ¡Vaya objeto para coleccionarlo!

—Para él tenía un valor especial.

—¿Qué valor?

—No debería decírselo, señorita Ingrid.

—¿De qué habla?

—En fin, si no se lo digo, es posible que usted se entere por otro lado... Al fin y al cabo, es algo que para nada afecta al honor del joven Pascal, que solo tenía entonces tres años.

Con esa guillotina... ¿sabe?... Con esa guillotina ejecutaron a su madre.

CAPÍTULO VIII

Ingrid sintió que el teléfono estaba a punto de resbalar entre sus dedos. El temblor de su derecha fue tan ostensible que, por uno momentos, incluso resultó cómico.

Desde el otro lado del hilo, llegó la voz agitada del administrador:

—¡Señorita Newcombe! ¡Señorita Newcombe! ¿Sigue usted ahí?

Ella tuvo que hacer un esfuerzo terrible para decir una cosa tan sencilla como esta:

—Sí, aún estoy aquí.

—Quizá no debí decirle esto.

—Al contrario, ha hecho bien. De todos modos, yo hubiera llegado a saberlo.

—Espero que eso no la afecte. Al fin y al cabo, es cosa pasada.

—Por supuesto que sí. Pero, ¿por qué ejecutaron a esa señora?

—Mató a su marido.

—¿Con qué?

—Con un hacha.

Ingrid se estremeció de nuevo.

Su voz casi resultó inaudible al musitar:

—¿Tuvo algún motivo?

—No, no creo que tuviera ninguno. Un ataque de locura, tal vez... Pero los jueces no lo estimaron así, ya que, en caso contrario, la hubieran enviado a un manicomio, en vez de a la guillotina. Pero, ¿qué puedo decirle? Las cosas son las cosas. Una vieja historia, eso es.

Como usted comprenderá, el joven Temple no ha tenido una infancia demasiado feliz, aunque el dinero nunca le faltara.

Y añadió:

—La guillotina me la llevaré mañana. Bien pensado... bien pensado, creo que correré yo mismo con los gastos del transporte.

—Se lo agradezco, señor...

—Villiers. Mi nombre es Villiers, señorita Newcombe.

—De acuerdo, señor Villiers. No me moveré de aquí hasta que ustedes vengan a retirar ese... artefacto.

Y antes de colgar, añadió, con una brusca inspiración:

—Por favor, ¿a qué se dedicaba el señor Temple?

El otro vaciló un momento:

—Verá... Era un hombre joven, muy atractivo y muy agradable. Yo me honraba con su amistad. Fue una verdadera pena lo ocurrido, una verdadera pena... Pero usted me ha preguntado a qué se dedicaba el señor Temple. Verá, él tenía la afición de pintar, pero, además, era un gran cirujano. Uno de esos hombres capaces de unir otra vez al tronco un brazo o una pierna desgajados. Y muy enamorado de su mujer... Se lo repito: una verdadera pena.

Ingrid dijo con voz lenta:

—Muchas gracias, señor Villiers.

Y colgó.

Wanda la miraba con expresión expectante.

También ella había palidecido, puesto que acababa de oír toda la conversación por el teléfono auxiliar.

Fue, en silencio, al mueble bar, preparó dos combinados, bebió uno y tendió a Ingrid el vaso con el otro.

—Debes largarte de aquí, Ingrid —dijo—. Debes largarte de aquí antes de que sea demasiado tarde. Eso es lo que pienso.

Ingrid rio nerviosamente.

—¿Demasiado tarde para qué? ¿Qué temes? ¿Qué me maten?

—No, eso no, porque no creo que aquí corras ningún peligro... digamos físico. Pero estoy segura de que acabarás volviéndote loca.

—Sería la primera vez que un misterio puede más que yo, Wanda.

—Entonces, hagamos una cosa: ni tú ni yo debemos separarnos nunca.

—En eso estoy de acuerdo, Wanda.

—He visto que hay una magnífica biblioteca. ¿Está incluida en el alquiler?

—Sí, claro, pero el señor Villiers me rogó que cuidáramos bien los libros.

—Buscaré algo para leer. Si no, esta noche no podría dormirme.

Fue a la biblioteca, y regresó al cabo de unos minutos. Pero

estaba muy pálida. Y sus labios temblaban de tal modo, que Ingrid hubo de notarlo a la fuerza.

—¿Qué te pasa, Wanda?

—Nada de especial...

—A ti te ocurre algo. ¿Qué sucede? ¿Qué has visto?

—Bueno... Sólo este libro.

Y se lo tendió a Ingrid.

Era un libro viejo y muy manoseado, aunque de excelente encuadernación. Se titulaba: *Misterios y enigmas de la cirugía*. Estaba editado en 1950, y en la primera página había una dedicatoria que decía: «A mi admirado amigo el doctor Temple, que estoy seguro obtendrá grandes éxitos en este difícil, casi mágico arte».

Ingrid murmuró:

—Bien... Un cirujano amigo suyo. ¿Y qué? Era natural que los tuviera.

—Sí, pero fíjate de qué trata este libro.

Y lo abrió por el centro.

Había en él numerosas ilustraciones.

Ilustraciones que quizá desde el punto de vista científico eran interesantes, pero desde el punto de vista humano eran horribles.

Sistemas de cosido al tronco de piezas separadas de este, como brazos y piernas.

Empleo de grandes grapas y ensamblajes metálicos, que recordaban a ciertas piezas de las armaduras medievales, y que producían un efecto deprimente. Pero lo que de verdad impresionaba no estaba ahí; lo que de verdad impresionaba eran los sistemas para unir al tronco... ¡las cabezas que habían sido separadas de él!

Había numerosas ilustraciones.

No fotografías, claro, porque era dudoso que todo aquello hubiera sido llevado a la práctica alguna vez. Pero los dibujos eran abundantes. Y las explicaciones técnicas, al parecer, convincentes.

Al menos, a Ingrid se lo parecieron, aunque ella no estaba en situación de discutir sobre aquella clase de detalles. Pero el autor del libro explicaba que, en el caso de la cabeza, se disponía de unos seis u ocho minutos para unirla al tronco de nuevo, porque en ese tiempo la falta de riego sanguíneo no había producido aún en el cerebro daños irreparables. También se decía que, mientras duraba

la operación, el riego sanguíneo podía producirse por bombeo.

Es decir, y eso en pura teoría, una persona guillotizada podía volver a vivir.

Ingrid soltó el libro.

Su respiración era agitada; sus manos no tenían fuerzas.

Las dos mujeres estaban pensando lo mismo.

Wanda musitó:

—Ingrid, márchate de aquí.

—Eso mismo está diciendo Robin siempre.

—Robin tiene razón.

—Pero es absurdo lo que pensamos —susurró Ingrid—. Es absurdo pensar que se pueda unir al tronco la cabeza de una persona decapitada. Claro que reconozco que hace unos pocos años también parecía absurdo el trasplante del corazón de un muerto a un vivo. Pero lo que trato de decir es esto: Temple no pudo «resucitar» a su esposa porque ya estaba muerto cuando a ella la ejecutaron.

—Pero, en cambio, pudo hacerlo este médico —susurró Wanda.

Y señaló el nombre que figuraba en la portada del libro.

Era el nombre del doctor Belter.

Ingrid se levantó pesadamente, y buscó en la guía telefónica. No figuraba ningún doctor Belter en ella.

—Creo que estoy recordando algo —dijo Wanda—. Ya sabes que tengo muy buena memoria para los nombres.

—Sí, siempre la tuviste.

—Al doctor Belter le prohibieron, hace años, ejercer la profesión. Lo leí en la Prensa francesa, que yo recibía habitualmente en Londres. No hubiera vuelto a acordarme de eso, si ese libro no llega a resucitar en mi memoria todas las circunstancias.

—¿Qué circunstancias?

—Parece que Belter había hecho algún experimento, o al menos había tratado de hacerlo. Parece que adquirió el cadáver de una persona guillotizada, cuyos despojos no reclamaba nadie. Hasta leí algo estremecedor: en las personas guillotizadas, las reacciones vitales de la cabeza y tronco separados se mantienen durante varios minutos.

Belter se apoyaba en eso para el éxito de sus teorías.

—Y el Colegio de Médicos le consideró algo así como un

charlatán sin prestigio, ¿verdad?

—Exacto. Y lo expulsaron.

Ingrid encendió un cigarrillo, con movimientos maquinales.

Andaba, con la ayuda de su bastón, de un lado a otro, lentamente, sintiendo el «toc, toc, toc» dentro de su propio cráneo.

—Está bien, he fracasado —dijo, de pronto—. Hay cosas que están por encima de los nervios de una. No puedo más. Me iré de esta casa.

Wanda asintió:

—Haces muy bien. De todos modos, mira, por curiosidad, las fotos de Temple en la biblioteca. He descubierto un álbum. Antes de irte, convendría que vieses qué clase de hombre era.

—¿Dices que has encontrado unas fotografías tuyas?

—Sí, hay un álbum.

—Vamos a verlo.

Las dos mujeres se dirigieron a la biblioteca, cuyas luces estaban encendidas. Sobre la mesa, dejado allí por Wanda, se distinguía un lujoso álbum con cubiertas de piel. Un pequeño repujado decía: «Autorretratos».

—Villiers ha dicho que Temple era pintor —susurró Wanda—. También debía ser aficionado a la fotografía. Sin duda, se hizo muchos retratos él mismo, empleando una máquina de disparo diferido.

Y alzó la tapa del álbum.

Ingrid se llevó lentamente la mano derecha a la boca, sin acordarse de que tenía el cigarrillo en los labios. Luego, la retiró. Una expresión pensativa y turbia flotaba entre sus ojos.

No podía decirse que ella fuera una experta en hombres. No. Más bien había sido siempre todo lo contrario: una chica tímida y retraída.

Pero quizá por eso mismo era más sensible a la belleza. Quizá por eso mismo se dio cuenta de que pocas veces había visto un hombre igual.

El doctor Temple debía haber sido, al menos físicamente, una persona extraordinaria.

Alto, deportivo, joven. En las fotos aparentaba unos treinta años. Tenía una mirada ensoñadora y profunda. Una leve, casi imperceptible sonrisa, que debía haber sido habitual en él, flotaba

siempre en sus labios. En algunas fotos también aparecía en traje de baño: mostraba una musculatura realmente notable.

Pero lo que más impresionó a la muchacha fue la expresión de sus ojos. Unos ojos quietos y profundos que parecían hablarle desde más allá del tiempo.

Wanda musitó:

—Guapo, ¿verdad?

—No es eso. Es algo más. —Ingrid pareció acariciar una de aquellas fotos con las yemas de sus dedos—. Lo que creo que nunca podré olvidar es la expresión de sus ojos.

—Parecen... hablar.

Ingrid cerró el álbum lentamente.

—Dios santo... Y pensar que su esposa acabó con él... Pensar que lo mató a hachazos...

—Quizá tenía motivos para sentir celos —musitó Wanda.

—No es fácil. En ese caso, el jurado la hubiera absuelto. Para los crímenes pasionales, son muy tolerantes en Francia.

Y añadió, mirando en torno suyo:

—¿No habrá ninguno de sus cuadros aquí?

—¿Qué pasa? ¿Es que te interesa ese hombre?

—¿Cómo puede interesarme un muerto?

—No sé... ¡Las mujeres que escribís sois tan extrañas!

Ingrid anduvo por la habitación.

Otra vez oía el «toc toc toc» del bastón dentro de su cráneo.

Y entonces vio el cuadro. Había tantos rincones de la casa que no había podido explorar aún, que resultaba lógico el que se encontrara con sorpresas. Una de las sorpresas era el cuadro. Se trataba de un bodegón, que aún no había visto.

La firma era bastante grande: Temple. Y el bodegón tenía calidad; al menos, para los gustos de Ingrid.

Se veía un jarro, un frutero lleno, un pan redondo, un cuchillo y unas hortalizas. Todo era sencillo. Lo que destacaba era la intensidad del color y la sensación de vida que daba todo aquello.

Ingrid lo contempló largo rato.

—Lo siento —dijo—. Me gustaría haberlo conocido.

Wanda se había llevado los dedos a la boca.

Tan quieta, tan pensativa, parecía una hermosa estatua.

—A mí, en cambio —bisbiseó—, me da un poco de miedo.

—¿Qué dices? ¿Temes que pueda ocurrirte algo?

—No —murmuró Wanda—. Claro que no. ¡Qué tontería!...

Y anduvo unos pasos.

Cuatro pasos. Cinco.

Fue el quinto el que la salvó.

Porque, al instante, la gran lámpara de bronce que colgaba del techo, se desplomó sobre su cabeza. Como Wanda estaba un poco desplazada, la lámpara no llegó a tocarla.

Con un peso de más de cuarenta kilos, que sin duda la hubiera matado, se empotró casi en el lujoso parquet de la biblioteca.

Fue como si el soplo de la muerte hubiera pasado junto a Wanda, aunque sin llegar a alcanzarla.

La muchacha lanzó un grito, un grito de horror, mientras se llevaba desesperadamente ambas manos a la boca.

CAPÍTULO IX

Las dos mujeres estuvieron largos minutos así. Como dos estatuas. Parecían no pensar, no darse cuenta de nada, mientras miraban, aterradas, aquella lámpara que podía haber matado a una de ellas.

El artefacto no solo era de pesado bronce, sino que estaba rematado por una especie de aguja, que apuntaba hacia el suelo. Sólo con que aquella aguja hubiera chocado con el cerebro de Wanda, la muerte de esta habría sido instantánea.

Fue Ingrid la primera que reaccionó. Lo hizo pesadamente, como si estuviera borracha:

—No tiene sentido, Wanda. Aunque tal vez...

—¿Tal vez qué?...

—La cadena que sostenía esa lámpara debía estar carcomida. Fíjate. Un eslabón se ha roto en seco.

—Los eslabones de bronce no se rompen, Ingrid.

—¿Qué... tratas de decir?

Wanda no contestó.

Se había dejado caer en una de las butacas.

Su rostro era de color ceniza.

—¿Tratas de insinuar que alguien tenía preparado esto para matarte? —bisbiseó Ingrid.

Wanda dijo, con un soplo de voz:

—Sí. El.

—¿El? ¿Quién?

—Temple.

Ingrid se apoyó en el respaldo de una de las butacas.

Parecía a punto de desplomarse.

—Por favor —musitó—, somos dos chicas jóvenes, casi dos colegialas. No nos pongamos a pensar como dos viejas locas.

Wanda parecía haber contenido hasta entonces sus nervios, pero, de pronto, estalló.

Los dedos se le agarrotaron casi en la garganta. Con voz terrible, con una voz que no parecía de ella, gritó:

—¡Claro que ha querido matarme! ¡Es él! ¡Él te quiere sola aquí! ¡Él me odia!...

* * *

Robin Stafford se presentó al anochecer siguiente. Ya había tomado posesión de su cargo en los astilleros de Cherburgo, empezando a trabajar en ellos. Pero, según explicó, a media tarde había tomado el avión para París, deseando saber cómo se encontraba Ingrid. Todo aquel sistema era ruinoso. Por mucho dinero que tuviese, no iba a estar pagando un avión de ida y vuelta todos los días.

Había encontrado a las dos mujeres sentadas en el jardín posterior. No parecían haber salido de allí en muchas horas. Robin, que había empezando sus explicaciones medio en broma, se dio cuenta de que ninguna de las dos le escuchaba.

—Pero, ¿qué demonios os pasa? —barbotó, de pronto—. ¡Estáis como hipnotizadas!

¡Ni que hubierais visto pasar un fantasma!

—Es que hemos visto pasar un fantasma —bisbiseó Ingrid.

—¿Qué... tratas de decir?

—Ven y te lo explicaré.

—Harás bien. Porque, ¡diablos! yo ya no entiendo nada.

—Vayamos a la biblioteca. Allí lo verás.

En la biblioteca aún estaba la lámpara tal y como cayó. Robin fue poniéndose pálido, mientras Ingrid le explicaba lo sucedido.

Porque Wanda era incluso incapaz de hablar.

Estaba obsesionada, con la mirada perdida.

Robin se inclinó al fin, y examinó la cadena por el eslabón roto.

—Un eslabón desgastado —dijo, al fin—. Se rompió, y en paz. Eso podía haber ocurrido en cualquier momento, sin estar vosotras aquí.

—Los eslabones no se desgastan de esa manera —murmuró Ingrid—. Lo ocurrido es inexplicable.

Robin se rascó la nuca.

—Reconozco que la cosa no resulta fácil —murmuró—. Pero,

¿qué quieres que piense?

—Wanda tiene una teoría. Mira esas fotos.

Robin Stafford las miró.

—Bueno, ¿y qué?

—Wanda piensa que el espíritu de ese hombre está en la casa. Y que ella le resulta molesta.

Robin se echó a reír.

Él era muy comedido, pero su risa resultó esta vez desagradable y áspera. La risa que hubiera podido lanzar un viejo conductor de diligencias.

—Eso no es una teoría ni es nada —dijo—. Los muertos no se interesan por los vivos. Y quizá, menos aún por las vivas. Los muertos no se interesan por nada.

Y avanzó hacia la ventana.

Una espesa neblina color gris oscuro lo llenaba ya todo. Debía hacer frío fuera, a juzgar por el vaho que cubría los cristales. Robin puso las manos a su espalda, dio unas vueltas, se situó de nuevo junto a la ventana y murmuró:

—Bueno, según la teoría de Wanda, el muerto la odia, ¿verdad?

—Es posible —dijo la muchacha.

—¡Eso no es una teoría ni es nada!

—Estamos hablando en hipótesis.

—De acuerdo, pues sigamos hablando en hipótesis. —Robin hizo crujir sus nudillos—.

Si te odia a ti, Wanda, es, supongamos, porque quiere quedarse a solas con Ingrid, ¿no?

Su voz era áspera.

—¿Qué te pasa? —murmuró Ingrid—. ¿Es que vas a decirme ahora que tienes celos?

—¡Estamos hablando en hipótesis, repito!

—Bueno, en ese caso... —e Ingrid se mordió el labio inferior—. Supongamos que sí, supongamos que quiere quedarse a solas conmigo. ¡Pero es completamente absurdo!

Y de pronto, palideció.

Palideció aún más.

Sus facciones llegaron a ser lívidas mientras musitaba:

—Robin...

—¿Qué pasa?

—El cristal...

—¿Qué pasa con el cristal?

—Estaba ahí desde antes, pero tú no te has dado cuenta.

Los nudillos del hombre crujieron otra vez.

—¡Mil diablos! ¿Qué es lo que estaba?

—Eso...

Y un índice trémulo de Ingrid señaló hacia el cristal empañado de la ventana, que daba al jardín. Alguien había dibujado allí, con el dedo, un rostro de mujer. Tenía que tratarse de un verdadero artista, porque, a pesar del sistema rudimentario empleado, el parecido era asombroso.

Ingrid bisbiseó:

—Es mi cara...

* * *

La muchacha se tendió en la cama. Le parecía que habían transcurrido ya días enteros desde que *aquello* ocurrió, pero solo habían transcurrido seis horas. Eran las dos de la madrugada. Un silencio macizo pesaba sobre aquel barrio de París, y parecía pesar también sobre la ciudad entera.

La muchacha había tomado un calmante.

Tal vez eso hacía que Ingrid se sintiera un poco mejor. Pero, de todos modos, la obsesión la dominaba aún, y se sentía cada vez más insegura.

Utilizó el teléfono interior que tenía sobre la mesilla.

Se produjo un chasquido al otro lado del hilo, y oyó la voz de Wanda:

—Ingrid...

—¿Estás ahí, Wanda?

—Sí, en la habitación de al lado.

—Por favor, si oyeras algún ruido... ya sabes.

—Más intranquila tendría que estar yo que tú.

—Te equivocas. Los muertos dan más miedo cuando aman que cuando odian.

—Por favor, no hablemos de eso. Me entra dolor de cabeza...

—Perdona. Sólo quería saber si estabas aquí.

—Sí; y no te preocupes, porque estaré atenta. No puedo

dormir...

Ingrid colgó.

Y volvió a descolgar el auricular, marcando otro número.

Le respondió la voz de Robin:

—¿Qué hay?

Ingrid quiso mostrarse festiva:

—Hola, Robin Hood. ¿Estás ahí?

—Sí, en la habitación del fondo del pasillo. Aunque mejor estaría contigo, claro.

—No seas aprovechado.

—¿Aprovechado? ¡Si yo solo trato de protegerte!...

La voz de Robin había sido casi cómica. Ingrid consiguió reír.

—Ya sé que todo esto es absurdo, y que no va a ocurrir nada —
murmuró—, pero,
¿estarás atento?

—Más que atento, Ingrid. ¿Sabes la pistola que siempre llevaba en la guantera del coche?

—Por Dios, nada de pistolas, Robin.

—No es que trate de matar a nadie, pero me siento más tranquilo con ella. La tengo bajo mi almohada. Si alguien te molesta, y si ese alguien siente las balas, te aseguro que se divertirá.

Y colgó.

Ingrid se sentía más confortada.

Una profunda fatiga la iba venciendo.

Al sentirse más relajada, la dominaba la pesadez de las anteriores horas de agitación.

Poco a poco, se fue quedando dormida.

Y soñó mil cosas. Soñó en el rostro del doctor Temple, el hombre muerto a hachazos.

Soñó en un largo paseo, al final del cual se encontraba él. Llevaba una máquina fotográfica en la mano. Soñó también que ambos hablaban de pintura, mientras paseaban por una alameda que parecía arrancada del bosque de Bolonia.

De pronto, él se separó.

Su figura quedó difuminada entre las sombras, pero al poco rato reapareció. Y entonces Ingrid sintió que se le contraía la garganta, sintió que sus piernas se doblaban.

Porque el hombre que volvía lentamente junto a ella... ¡no tenía

cabeza!

Fue esa sensación brutal la que la despertó.

Con los ojos desencajados, se sentó en la cama, sin ver nada aún, mientras sus dedos aferraban las ropas de la cama.

Y durante treinta largos segundos, quizá un minuto entero, no vio nada.

Pero sintió.

Sintió que había alguien junto a ella.

Alguien que no hacía ruido, que respiraba con fuerza.

Ingrid volvió la cabeza.

Y entonces la pudo distinguir. Pero la vio muy confusamente, porque aún se encontraba en ese estado febril de duermevela en que las cosas son inconcretas y no se distinguen bien. Se trataba de una mujer. Una mujer de pelo corto, que le recordó a alguien inmediatamente.

Porque la había visto la primera noche que estuvo allí.

¡La mujer que huyó escaleras abajo!

Ingrid tendió una mano, y no pudo tocarla.

¿La mujer había retrocedido a tiempo? ¿O quizá era solamente una sombra?

Tal vez Ingrid hubiera podido saltar de la cama a tiempo, si llega a tener las dos piernas bien. Pero no podía tomar impulso con la izquierda, y eso retrasó sus movimientos.

Cuando trató de lanzarse, lo único que consiguió fue caer materialmente de la cama sobre la alfombra. Le pareció oír unos pasos que huían.

Su garganta se crispó.

—¡Wanda! ¡Wanda! ¡Robin, por Dios!...

Oyó confusamente los pasos de Robin Stafford, al extremo del pasillo. El joven caminaba descalzo, por lo cual sus pisadas resultaban muy suaves. Pero, en cambio, resultaron casi ensordecedoras las dos detonaciones.

Ingrid pareció brincar por los aires.

—¡Cuidado!...

No se dio cuenta de cómo había llegado hasta allí, pero de pronto se encontró en el pasillo. Gateaba confusamente. Vio a Robin en pijama y en lo alto de las escaleras, llevando aún la pistola humeante en la derecha.

Wanda también había aparecido.

Llevaba una camisita muy corta, y parecía una estampa sacada de una revista frívola.

—¡Robin!

Robin se volvió.

—Era una mujer. Una mujer vestida de negro.

—Sí. Estaba en mi habitación.

—Pues no tenía nada de sobrenatural. Puedo asegurártelo. Huía como una liebre.

—¿Le has dado?

—Creo que no. Tenía la obsesión de no tirar a matar, ¿sabes? De apuntarle solo a las piernas. Y eso me ha hecho fallar la puntería.

Encendió las luces del vestíbulo, cosa que podía lograrse también desde lo alto de las escaleras. Vieron dos cosas desacostumbradas: una butaca volcada por alguien que había huido muy rápidamente, y la puerta de la calle abierta. La puerta de la calle oscilaba, movida por el viento de la noche.

—Ha huido —musitó Robin—. Te aseguro que no era nada sobrenatural.

Ingrid se había apoyado en la baranda.

Miraba, obsesionada, hacia abajo.

Con los ojos desencajados.

Con la boca entreabierta.

Wanda musitó:

—Pero, ¿qué te ocurre?

Ingrid señaló hacia abajo —Es... es eso.

Y entonces la vieron. Estaba en el suelo. Era una peluca de mujer, como las que se hallaban expuestas en el dormitorio. Una peluca rubia...

CAPÍTULO X

Robin se presentó a la mañana siguiente, hacia las doce, llevando su cartera negra en la mano. Hacia las ocho había salido, diciendo que telefonaría para no ir a Cherburgo. Pero a las doce ya estaba de regreso allí.

Las dos mujeres no se habían movido de la casa.

Robin abrió la cartera.

—He dudado entre avisar a la policía o no —musitó—, pero al final no lo he hecho.

Puesto que no hubo víctima, y nadie oyó los disparos, es mejor así. Al fin y al cabo, no declaré mi pistola al entrar en Francia, y eso podría acarrearle disgustos. Pero he hecho otra cosa.

Extraje unos pasajes de avión de la BEA, la línea aérea británica. Tres pasajes.

—Nos volvemos todos a Inglaterra —musitó—. Tú también, Wanda. Hace un par de días puede decirse que no te conocía, pero no quiero dejarte aquí. No es por nada. A mí el odio de los muertos me hace reír, ¿sabes? Pero es porque pienso que en nuestro país encontrarás un trabajo mejor.

Ingrid musitó:

—¿Dices que vamos a irnos?

—Los pasajes son para esta noche.

—Pero la casa...

—¿Y qué importa? Perderemos el alquiler.

—Por favor, Robin...

—¿Qué pasa? ¿Quieres quedarte aquí?

—Me parecería una cobardía marchar.

—¡Y un cuerno! ¡Lo que pasa es que tú también te estás volviendo loca!

—Por favor, te ruego que comprendas.

—¿Comprender qué?...

—Si ahora volviese a Inglaterra, viviría como en una obsesión

hasta saber lo que hay detrás de todo esto.

—¿Y qué hay detrás de todo esto? ¡Nada! ¡Absolutamente nada!
¡Tú misma lo has dicho! ¡Una obsesión!

Y añadió, como el que pronuncia una sentencia:

—Las obsesiones acaban con la salud de cualquiera, incluso de las personas más equilibradas.

—De todos modos, me quedará aquí, Robin.

El palideció.

—¡Por favor! ¡Renuncié a un empleo magnífico a fin de seguirte a París! ¡Pago los pasajes! ¡No me importa perder el alquiler de un año! ¡Te daré el dinero yo, si te parece!

¡Pero lo que no quiero es que acabes volviéndote loca!

Ingrid guardaba silencio.

Y Robin Stafford la miró, aterrorizado, como si de pronto estuviera ante una mujer nueva, una mujer a la que no conociera.

—¿O tal vez... estás loca ya? —farfulló.

—Por favor, déjame.

Él le sujetó la muñeca izquierda.

Se la retorció hasta hacerle daño.

Parecía fuera de sí, parecía no darse cuenta de lo que estaba haciendo.

—Yo sé lo que ocurre —musitó él—. No quería hablarte de eso porque me parece ridículo, pero las cosas están llegando a un extremo que ya no me permiten silenciar lo que pienso.

—¿Y qué piensas, Robin?

—Si tú te interesaras por un vivo, te abofetearía. Pero te interesas por un muerto.

Ridículo, ¿verdad? ¡Ridículo y espantoso! Estás tan alterada que hasta la existencia y el amor de un muerto te parecen realidad. Por eso quiero sacarte de aquí, Ingrid.

Entiéndeme. No aspiro más que a salvarte.

Sus últimas palabras habían sido suaves y lentas.

Le soltó la muñeca.

—Sólo trato de salvarte...

Ingrid bisbiseó:

—No es eso, Robin.

—¿No?

—Lo que me obsesiona es el misterio que rodea esta casa.

—No hay misterio. Casualidades.

—¿Casualidad todo lo que ha ocurrido? ¿Casualidad la presencia de aquella mujer anoche?

Robin se llevó las manos a la cara, tapándose los ojos. Parecía destrozado moralmente.

Al fin, musitó:

—Las palabras no importan. Sea lo que sea, hay motivos para largarnos de aquí. ¿Tú qué dices, Wanda?

—Estoy dispuesta a irme.

—¿Lo ves?

—De todos modos, comprendo a Ingrid. Reconozco que yo también estoy obsesionada.

—Por ese camino no llegarás más que a la tumba, Wanda.

Robin dijo eso con voz indiferente, como si no pensara que podía estar diciendo una verdad trascendental.

Porque en aquel momento, Wanda lanzó un grito.

Lanzó un grito que parecía de agonía.

CAPÍTULO XI

Lo vio por el cristal que tenía enfrente. Si llega a estarse quieta, no lo cuenta. Tampoco hubiera podido salvarse, caso de ser menos joven, y, por lo tanto, menos ágil.

Sentada como estaba, Wanda tenía detrás un pesado mueble-aparador, donde había unos valiosos cristales de Bohemia y unas costosas porcelanas. El mueble, construido con esa honradez con que se construían las cosas cien años atrás, debía pesar sus buenos cuatrocientos kilos, puesto que parte de él era de bronce. Desplomándose encima de una persona, podía materialmente aplastarla.

Y eso fue lo que ocurrió.

¡El mueble se desplomó, de pronto!

¡Pareció brincar materialmente sobre el cuerpo de Wanda!

Esta se lanzó de frente, cruzando al aire con la agilidad de una saltarina de trampolín.

Sus reflejos y su agilidad fueron admirables. Todo ocurrió tan rápidamente, que Ingrid y Robin apenas pudieron seguirlo con la vista.

El mueble se desplomó contra el suelo.

Wanda dio dos vueltas más sobre sí misma, y quedó tendida en la alfombra, sin sufrir el menor daño. Sus preciosas piernas, al descubierto, hubieran hecho abrir la boca a cualquier hombre; pero ahora, ¿quién diablos pensaba en eso?

Robin se inclinó sobre ella.

Ingrid también fue a hacerlo, pero su pierna izquierda falló, y quedó de rodillas en el suelo, sin poder acercarse.

Robin alzó dramáticamente la cabeza de Wanda.

—¿Qué ha sucedido? ¿Te sientes bien? ¿Te ha ocurrido algo, Wanda?

Ella contestó, con un soplo de voz:

—Me... me siento bien.

Pero el hecho de que hubiera podido salvarse parecía un milagro.

No hacía falta más que ver las gruesas baldosas de mármol, dos de las cuales estaban partidas, para comprender el terrible impacto que la caída del mueble hubiera causado en un ser humano. Ninguna caja craneana hubiera resistido aquello. Resultaba estremecedor y desagradable pensarlo, pero en aquel mismo momento los sesos de Wanda estarían esparcidos por el suelo, si la muchacha no hubiera sido tan intuitiva y tan ágil.

Robin alzó la cabeza, poco a poco.

Estaba tan pálido y temblaban tanto sus labios, que su rostro daba una sensación casi grotesca.

Miró la pared que hasta entonces había ocupado el pesado mueble.

Nada.

Era una pared normal y corriente, detrás de la cual no había ninguna puerta y ningún orificio.

Ingrid balbució:

—Nadie ha podido empujar ese mueble desde atrás...

—No —dijo Robin.

Su voz ronca indicaba que tenía la boca espantosamente seca.

Fue él quien ayudó a levantarse a Wanda, y la hizo sentarse en un diván, bien alejado del lugar donde estaba antes. La muchacha respiraba desa— compasadamente. Bebió casi de un trago el vaso de ron que Robin acabó poniendo entre sus labios temblorosos.

—¿Te sientes mejor?

—Sí. Ya todo... ha pasado.

Robin se puso en pie.

Seguía mirando la pared reconcentradamente.

—Absurdo —dijo—. Si nadie ha podido empujar ese mueble, ¿por qué ha caído?

Nadie contestó.

¿Qué respuesta hubieran podido darle?

Las únicas que estaban con él eran las dos mujeres, y las dos mujeres se habían llevado las manos a la cara, y tenían sus miradas perdidas.

Fue Wanda la que movió los labios, al fin.

Parecía haber transcurrido un tiempo interminable.

Como si ya hiciera años que el mueble se desplomó.

—Hace tiempo, yo estuve en una reunión espiritista en Londres —murmuró—. Fue por simple curiosidad. Me llevó una amiga. Pero observé algo que no he olvidado nunca: los muebles se movían.

Robin dijo, ásperamente:

—El fenómeno de la levitación. Simple truco.

—El fenómeno de la levitación, ¿no se ha dado con algunos santos? —musitó Wanda, con voz temblorosa.

—No mezcles una cosa con otra.

—Está bien; yo solo digo lo que vi.

—Te repito que era simple truco. Esas cosas siempre ocurren en la oscuridad. Dime,

¿verdad que estabais a oscuras?

—Sí, pero aquí... ¡Pero aquí hay luz! ¡Fíjate! ¡Todas las lámparas están encendidas!

Sus últimas palabras habían sido un grito nervioso. Robin se estremeció, crispando las manos.

—¡Está bien! —gritó—. ¡Hay luz! ¡De acuerdo en que todo esto está lleno de luz! Pero,

¿por qué demonios te has puesto a hablar de espíritus? ¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

—Simplemente, trato de decirte que a mí me pareció ver que los espíritus llegaban a mover los muebles.

—¿Y qué?

—Saca la deducción tú mismo.

Fue Ingrid la que la sacó. Fue ella la que dijo, con voz sorprendentemente suave:

—Trata de decir que Temple ha intentado matarla por segunda vez. Su fuerza espiritual ha bastado para mover eso.

Robin estuvo a punto de sallar.

—¡Me niego a creer en eso! —dijo, con los ojos saliéndosele de las órbitas—. ¡Me niego!

—Pues trata de creer, al menos, en lo que has visto.

Y señaló el mueble.

Robin tenía las facciones desencajadas.

—Temple no existe —musitó, como si tratara de convencerse a sí mismo—. Está muerto. Además, ni siquiera sé por qué le llamamos así. Todo el mundo les llamaba «los señores Pascal».

Pascal era el nombre de la mujer. Era ella la que tenía el dinero. Era ella la que soltaba la «pasta» y ponía las cosas a su nombre. Me he ido enterando de pequeñas cosas, ¿sabes? No, definitivamente, Temple no existe.

—No importa cómo los llamara la gente. El vivió.

—Pero ya está muerto. ¡Y bien muerto!

—Eso es justamente lo que me da miedo —musitó Ingrid.

La frase quedó como colgada en el aire. Todos parecieron verla además de oírla.

Cierto, era eso lo que daba miedo.

Se puede luchar contra un vivo y se puede llegar a acorralarlo. Pero, ¿cómo luchar contra un muerto?

Wanda, que hasta entonces no había hablado apenas, dijo, con un soplo de voz:

—Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes, Wanda?

—No puedo soportarlo más. He de irme.

Ingrid cerró un momento los ojos.

—Yo misma pensaba pedirte. Tienes toda la razón del mundo.

—Vosotros haced lo que os plazca, pero yo ya no puedo más. He tratado de pensar que me gustaría resolver este misterio. He intentado decirme que esto era emocionante, después de todo. Pero ya resulta inútil seguir engañándome a mí misma. No quiero morir de ese modo y, además, sin saber por qué. Me marchó.

Robin musitó:

—Debemos irnos los tres.

—Yo, no —musitó Ingrid.

—¿Qué locura! ¿Cuántas veces hemos de insistir en lo mismo? ¿O es que realmente te interesa el recuerdo de ese hombre? ¿Es que su fuerza espiritual también puede... puede llegar a enamorarte?

Ingrid hizo un gesto de hastío.

—¡Por favor, no vuelvas a hablar de eso!

—Pues, ¿por qué quieres quedarte?

—Porque lo que ocurre es absurdo.

—¡Eso ya lo sé! —masculló Robin.

Ingrid cerró un momento los ojos. La voz no pareció surgir de su garganta. Parecía llegar de muy lejos, desde algún rincón ignorado de la casa.

—Sigamos hablando en hipótesis —murmuró—. Sigamos pensando que Temple posee una fuerza espiritual que se halla concentrada en este edificio. Sigamos pensando que se ha enamorado de mí.

Robin tragó saliva bruscamente.

—¡No me gusta oírte hablar así, infiernos! ¡Y no me gusta tampoco que me obligues a maldecir como un cosaco!

—Estamos hablando de simples posibilidades, que seguramente nada tienen que ver con la realidad.

—¡Está bien! ¡Sigue!

—Si Temple se ha enamorado de mí, no hay razón para que Wanda, por decirlo de algún modo, le estorbe. Wanda no sería nunca una rival. Aquí, el único rival eres tú.

Entonces, ¿por qué no intenta matarte?

La pregunta hizo reflexionar a Robin.

—Es cierto —musitó—. En verdad debiera intentar matarme a mí, y no a Wanda. Pero tal vez haya una respuesta para eso. Yo no vivo en esta casa y, por lo tanto, no le estorbo. En cambio, Wanda, sí. Wanda es la única persona que le impide quedarse a solas contigo.

Ingrid se estremeció.

«Quedarse a solas contigo...»

La frase sonó en sus oídos durante largos minutos, como el eco de una pesadilla.

Todo aquello, que le hubiera parecido absurdo unos días antes, iba adquiriendo realidad corpórea. Era ya como una neblina que la rodeaba y la ahogaba poco a poco.

Pero al fin se encogió de hombros con un gesto lleno de indiferencia.

—Podéis marchar vosotros dos —musitó—. A mí, dejadme sola.

Robin pareció perder los nervios.

Hizo algo que no había hecho nunca.

Sujetó a Ingrid por el vestido y la zarandeó, obligándola casi a levantarse. La fina tela del vestido se desgarró. Ingrid soportó la agresión con una especie de gesto desafiante, con una mirada impávida.

Al fin, Robin Stafford pareció darse cuenta de que estaba haciendo el ridículo, y de que aquello era indigno de la educación

que había recibido.

La soltó poco a poco, mientras hacía un gesto de vergüenza.

—Perdón —musitó—. Creo que esta vez he perdido los nervios, Ingrid.

—Yo también los hubiera perdido en tu lugar. Quizá te he ofendido sin querer, Robin.

—No, no es eso.

Y el hombre fue a sentarse en una de las butacas, con un gesto abatido. Parecía como si le hubieran hecho añicos por dentro.

—Pero, ¿por qué había de estar enamorado de ti? —susurró—. ¿Por qué?

—No lo sé, Robin, pero voy a decirte una cosa.

—Dila, de una condenada vez.

—Si realmente se interesa por mí, no habrá lugar del mundo donde no pueda encontrarme. Ya me puedo ir al otro lado de los océanos, porque será inútil. El volará a más velocidad que los aviones supersónicos. Penetrará en el interior de los trasatlánticos más seguros. Se meterá en las habitaciones más herméticas. No podré hacer nada, y de nada me servirá marcharme de esta casa.

Robin entrecruzó los dedos pesarosamente, mientras hacía un gesto de impotencia.

—Entonces... —musitó—, entonces la maldición nos rodeó cuando pusimos los pies en ella...

* * *

Hubo un momento de pesado silencio.

Robin se puso, al fin, en pie.

Parecía decidido. Parecía haber llegado al límite de sus fuerzas.

—Está bien —dijo—. Si te ocurriera algo, me sentiría responsable de tu muerte, Wanda. Al principio, cuando ocurrió lo de la lámpara, creí que era una casualidad, pero ahora me he convencido de que no hay casualidades. Vas a volver a Inglaterra. Yo te pagaré el viaje, y hasta una indemnización, si quieres, aunque supongo que no están las circunstancias como para pensar en eso.

—De acuerdo. Sólo pido el importe del billete. Lo siento, pero no puedo más, ¿sabéis?

Me... me iré.

—Lo encuentro perfectamente razonable —murmuró Ingrid—. Creo que haces bien, Wanda. Y tú, Robin, ¿a dónde irás?

—Iré a trabajar a Cherburgo. Ya que tengo un empleo, debo, al menos, cumplir con él.

No quiero seguir en París ni un día más. Mejor dicho: adoro París. Pero no quiero estar ni un día más en esta maldita casa del barrio de Passy.

—Tampoco te lo reprocho, Robin.

—Quizá pienses que soy un cobarde.

—De ningún modo. Si no hicieras lo que estás diciendo, yo misma te lo pediría.

—Pero, de todos modos, nos quedaremos aquí esta noche, ¿sabes? Mañana, a la luz del día, todo será distinto.

Anduvo unos pasos por la habitación, y, de pronto, chascó los dedos.

—Diablos... —dijo.

—¿Qué pasa?

—Estoy pensando que... Bueno, ¿por qué demonios ese espíritu (hay que llamarlo de algún modo) se enamoraría de ti? ¿Qué razón existe?

—Pregúntaselo a él —dijo, mordazmente, Ingrid.

Robin perdió los nervios otra vez.

—¡No seas estúpida! ¡Debe existir algún motivo!

—¿Acostumbras a insultar a las mujeres, Robin?

—Perdona. No... no me he dado cuenta.

—No te preocupes. Verdaderamente, he sido estúpida al decir eso.

—De todos modos, tiene que existir alguna razón.

Y de pronto, sus mandíbulas se crisparon.

—¡Ya está!

—¿Qué pasa, Robin?

—¡Claro! ¿Cómo no lo he comprendido antes? ¡Esa tiene que ser la única razón!

Las dos mujeres le miraban con curiosidad, conteniendo el aliento.

—Pero, ¿por qué razón? ¿Por qué no hablas claro?

Robin Stafford no contestó.

En lugar de eso, marcó un número en el teléfono, que estaba a

poca distancia.

Ingrid musitó:

—¿Qué haces?

—He marcado el número de Villiers. Es posible que, a estas horas, me envíe al diablo, pero él mismo me dijo que le podía llamar en cualquier momento.

—¿Qué vas a preguntarle?

—Ya lo oirás.

Ingrid fue a tomar el aparato supletorio, pero Wanda, más ágil que ella, porque disponía del pleno uso de las dos piernas, ya se lo había aplicado al oído, movida por un irrefrenable impulso.

De todos modos, Ingrid pudo hacerse perfecto cargo de la conversación por las palabras de su prometido.

—¿Monsieur Villiers?

—Perdone que le moleste en este momento. Sé que usted acabará no descolgando el aparato. Le prometo que, si no fuera algo grave, no me atrevería a importunarle de ese modo.

—...

—Muy amable, *monsieur* Villiers. Tiene usted mucha paciencia.

—...

—Lo que deseo preguntarle es... ¿Estaba muy enamorado el señor Temple de la señora Pascal, su esposa?

—...

—Por favor, no me burlo. No es tampoco una apuesta. ¡Estoy hablando terriblemente en serio!

—...

—¿Dice que estaba enamorado locamente?

—...

—¿Con toda el alma?

—...

—Ahora quiero hacerle una última pregunta. Tampoco bromeo, se lo juro. ¿Cómo era la señora Pascal?

—...

—No, no he visto ningún retrato suyo en la casa.

—...

—¿Qué dice?

—...

—No, no he visto nada.

—...

—¿En la biblioteca? ¿Seguro?

—...

—De acuerdo. En el cajón que está debajo de la Enciclopedia británica. Sí. Dibujos hechos por su marido. Dos dibujos exactamente. Muchas gracias. Perdona que le haya molestado, *monsieur Villiers*.

Y colgó.

Wanda colgó también.

Estaba pálida.

Dijo, con un soplo de voz:

—Yo quiero verlo, Robin.

Ingrid bisbiseó:

—¿Qué es lo que hay que ver?

—Muy sencillo: dos dibujos que Temple hizo del rostro de su mujer.

—¿Te ha dicho que están en la biblioteca, debajo de los volúmenes de la Enciclopedia británica?

—Sí.

—¿Y qué más te ha dicho?

—Que Temple estaba locamente enamorado de su mujer.

—Entonces, ¿por qué le mató ella? ¿Porque estaba loca?

—No lo sabemos. Pero ya sabes que solo se destruyen dos clases de matrimonios: los que se aman y los que se odian. Los que se son indiferentes duran una eternidad. En todo caso, esa es una cuestión que no nos interesa resolver ahora. Mi pensamiento es otro.

—¿Cuál?

—Veamos primero los dibujos de la biblioteca.

Fueron hacia ella.

Y vieron que, efectivamente, en uno de los cajones, debajo de los volúmenes de la Enciclopedia británica, había dos admirables apuntes, hechos a lápiz. Dos apuntes de un mismo rostro de mujer.

Ingrid quedó paralizada.

Se llevó ambas manos a la boca.

Y tuvo que ahogar un grito.

Porque aquella mujer... ¡era extraordinariamente parecida a ella! ¡Porque diríase que era ella misma!...

CAPÍTULO XII

Sus dos acompañantes ya se habían ido.

Ella estaba sola.

Sola con su problema, con su inquietud, con su duda...

Claro que, a la luz del día, todo era distinto.

Porque había amanecido un nuevo día sobre París.

Hacia el Sur, los tejados de pizarra, cubriendo las buhardillas, brillaban como si se hubieran mojado. El cielo era límpido, y en él solo flotaban unas leves nubecillas blancas.

La muchacha no recordaba haber visto nunca un día tan hermoso como aquel.

¿O era que ya le parecían hermosos por el solo hecho de estar viva? ¿Sentía lo que sienten los condenados a muerte cuando aplazan su ejecución y ven amanecer un día que ya no esperaban ver?

Miró su reloj. Eran las once.

Se había acostado a las tres de la madrugada, durmiendo pesadamente. Pero, cosa extraña, se sentía tan fresca como si hubiese dormido doce horas seguidas.

Llamaron a la puerta.

Ella acudió a abrir.

Un muchacho que llevaba una chaquetilla blanca y una bandeja envuelta en papeles finos, se la tendió ceremoniosamente.

—La comida que usted encargó por teléfono, señorita.

—Gracias. ¿Cuánto es?

—Cuarenta francos.

Ella dio cuarenta y cinco.

Una vez a solas, se preparó café y destapó la bandeja. Allí había lo suficiente para mantenerse durante todo el día. Ingrid lo necesitaba, porque no pensaba moverse para nada de la casa.

Aquel era su mundo.

Empezaba a sentirse bien en él.

Robin se lo había dicho, dos horas antes, al despedirse:

—Ese espíritu maligno llegará a hacerte su prisionera. Llegarás a sentirte bien con él y a ser su esclava, si no huyes a tiempo de aquí.

—¿Huir? ¿Y de qué me serviría?

Pero tal vez Robin había tenido razón.

Ingrid no sabía por qué, pero se sentía mejor que nunca. Se sentía acompañada, a pesar de la espesa soledad de la casa.

Toc, toc, toc...

El sonido de su propio bastón la sobresaltó. Pensó que acabaría arrojándolo por la ventana.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono.

Lo descolgó, y reconoció la voz de Robin:

—Ingrid, ¿estás bien?

—Por ahora, perfectamente.

—Acabo de llegar a Cherburgo. Me ponen mala cara, ¿sabes? No me han dicho nada aún, pero imaginan que no me tomo el empleo en serio. Y lo peor es que tienen razón. No sé cómo acabará esto.

—Que te despidan. Por suerte, tú no necesitas el dinero, Robin. Tienes la fortuna de los Stafford.

—Y también tengo un prestigio, que no me gustaría echar por la borda. Tú posees tanto dinero como yo. Pero, ¿verdad que no te gustaría que todos los editores empezaran a rechazar tus novelas?

—No. Pues... claro que no.

—Igualmente me dolería a mí que me despidieran como a un inútil. En fin, mañana es sábado, y por la tarde podré volver a París. ¿Te quedarás en la casa?

—Imagino que sí.

—Tienes mi número de teléfono. Por favor, si ocurriera algo...

—Sí, ya sé. Te llamaría.

—Supongo que Wanda habrá llegado ya a Londres, porque tenía pasaje para el primer avión. Le he dicho que se hospedara en el Hilton, de momento. ¿Por qué no la llamas?

—Lo haré —musitó Ingrid—. Adiós, amor. Muchas gracias por todo lo que estás haciendo. Gracias de verdad.

Y colgó.

Miraba las paredes de la casa como si las hubiera conocido toda la vida.

Sentía la presencia.

¿La presencia de qué?

Intentó no pensarlo. Intentó no dejarse llegar por aquella atmósfera irreal que la envolvía.

Marcó el número de la Telefónica, y pidió que la comunicaran con el Hilton de Londres.

Una vez obtenida la línea, preguntó si había llegado ya la señorita Wanda Milford.

—Sí. Justamente acaba de llegar a su habitación, en vuelo desde París. ¿Quiere hablar con ella?

—Sí, gracias.

Wanda se puso al aparato un momento después.

—¿Ingrid?...

—Sólo quería saber cómo te encontrabas, Wanda.

—Perfectamente, pero... pero he estado pensando en todo esto. Me siento obsesionada.

—Olvidalo, Wanda. Para eso has vuelto a Londres.

—Es que... ¡lo veo todo tan espantosamente claro!

—¿Qué es lo que ves claro?

—Eres igual que la difunta señora Pascal. Su marido la amó apasionadamente. Y ahora... ¡ahora te tiene a ti! ¡No te soltará! Te tiene en sus garras; Ingrid se estremeció.

Pero, cosa extraña, no sentía miedo.

Estaba segura de que el espíritu de Temple no le quería hacer el menor daño. Al fin y al cabo, aquello era... *una forma de ser amada.*

Quizá un hombre no hubiera entendido eso.

Pero ella, como mujer, lo entendía.

Oyó la voz de Wanda:

—Ingrid, ¿sigues ahí?

—Sí, sí, te oigo. Ahora ya estoy más tranquila, ¿sabes? Ya sé que te encuentras a salvo.

Daré orden al banco para que te transfiera una cantidad a tu cuenta.

—Por favor, no pienses en eso. ¿Qué vas a hacer?

—Ya os lo dije: quedarme en la casa.

—¿Quieres que vuelva?

—No, por Dios.

—Es que tengo miedo por ti... Me da miedo todo.

—¿Qué va a ocurrirme? Ya te llamaré otra vez esta noche.

Adiós, Wanda. Vete al cine, o pasea por Hyde Park, o haz algo que te distraiga. Pero no pienses más en esto.

E Ingrid colgó.

Se sentía muy tranquila.

Pero también los hipnotizados se sienten tranquilos...

Porque ella tenía la sensación de que algo la dominaba. De que una fuerza ajena guiaba sus pasos.

Tomó uno de los dibujos que había encontrado la noche anterior. Lo miró fijamente.

Se parecían tanto... ¡La señora Pascal había sido tan igual a ella!

Sólo el peinado resultaba distinto.

Pero...

Una leve sonrisa flotaba en los labios de Ingrid, cuyos ojos seguían estando tan quietos como los de una hipnotizada.

Subió al dormitorio.

Recordaba los años anteriores, y no sabía por qué. Era como si toda su vida anterior desfilara ahora ante sus ojos como una película gris, carcomida y fantástica. Se detuvo, jadeando, sintiendo un ansia secreta, mientras se llevaba las manos a las sienes. ¿Por qué recordaba ahora a Ted, el hombre que la animó, que la hizo creer nuevamente en la vida, cuando ella pensaba que no servía para escribir?

¿Por qué, de pronto, le pareció verlo de nuevo, con aquella sonrisa animosa, con sus hombros cuadrados, con su sonrisa limpia?

Casi acarició su nombre:

—Ted...

Pero era un recuerdo lejano, demasiado lejano.

Cuando ella rompió sus primeras novelas, por creer que no servían para nada, Ted, su compañero de estudios, recogió los pedazos y se las copió de nuevo.

—Son buenas, a pesar de todo —le había dicho, al entregárselas—. Tú triunfarás.

Ted nunca le había pedido nada, y ella nada le había dado. Fue ingrata con él.

Ingrid retiró, poco a poco, las manos de sus sienes.

No quería pensar.

No quería dejarse envolver por sus recuerdos.

Empezó a ascender las escaleras.

Oyendo otra vez el sonido de sus pasos.

Toc, toc, toc...

El sonido de su propio bastón le resultaba extraño.

Ella recordaba haber tenido otro bastón, después del accidente de coche que sufrió.

Aquel producía un sonido más suave al chocar contra el pavimento. Parecía como si lo acariciase. «Saaasss... Saaasss...» En cambio, este era distinto. Producía un «toc... toc...» sonoro y grave. Ingrid no terminaba de acostumbrarse a él.

Pero ella sabía por qué aquel sonido era distinto.

Ella lo sabía...

Miró casi con odio aquel bastón, como si fuera un objeto desconocido, del que tuviese que depender a la fuerza.

Se detuvo en lo alto de la escalera, mirando hacia abajo.

El vestíbulo.

La casa, espantosamente vacía...

Fue entonces cuando recordó el día en que tuvo que entrar en contacto con aquel bastón. Se llevó una mano a los ojos, y quiso olvidarlo, pero no pudo. El recuerdo estaba allí, y le hacía daño. Fue como si le volviese otra vez.

La enfermera había entrado en la habitación donde ella convalecía, llevando en la derecha una caja alargada, con la etiqueta de uno de los mejores establecimientos de Pall Mall.

—Tome, señorita. Parece que es un obsequio. De parte de su señor padre.

Las manos de Ingrid habían temblado.

—Es extraño que su señor padre no haya venido ningún día por aquí, ¿verdad, señorita Newcombe? —preguntó la enfermera, que ya había llegado a tener con ella cierta confianza—. Y eso que usted ha llegado a estar incluso grave, después del accidente.

Ingrid se había mordido el labio inferior hasta hacerse sangre.

Claro que no había venido su padre.

Porque su padre ya estaba muerto desde hacía dos meses.

Precisamente, el desequilibrio que le produjo su muerte fue causa del nerviosismo de Ingrid y del accidente de automóvil que había sufrido.

Y ahora, el bastón estaba allí.

Empuñadura de plata y marfil. Todo el resto era de bronce y

ébano.

La etiqueta decía: «Pagado el 15 de abril. A entregar el 15 de agosto».

Su padre lo había pagado dos meses antes de morir para que se lo entregaran dos meses después. ¿Por qué? Ingrid no lo sabía entonces. No lo supo hasta unos días más tarde, cuando comprendió que su padre había comprado en realidad el bastón para él, pero ya no llegó a verlo.

La muchacha seguía mirándolo con odio.

¿Por qué tenía que estar ella relacionada siempre con la muerte? ¿Por qué? ¿Por qué?

Se llevó la derecha a los ojos, mientras sentía vértigo.

Y entró, vacilante, en el dormitorio, donde seguían alineadas las pelucas.

¿Cuál llevaba la señora Pascal en el momento en que su marido le hizo aquel dibujo a lápiz? Una ojeada a ese dibujo la sacó de dudas: llevaba la peluca larga negra. Y la peluca larga negra estaba allí, como esperando.

Como el último rastro de una muerta...

Ingrid se la puso lentamente ante el espejo.

Y casi tuvo que ahogar un grito.

Porque resultaba asombroso.

Ella era... ¡ella era la señora Pascal!

Todo resultaba idéntico, desde el dibujo de las cejas a las líneas de la boca. Desde el color de los ojos a la mórbida curvatura de la garganta y el nacimiento de los hombros.

Absolutamente igual...

Ingrid Newcombe sintió que se estremecía de nuevo.

Porque tuvo la sensación de que unos ojos la miraban. De que un muerto la contemplaba, ¡y la deseaba! desde más allá del tiempo.

Aunque, de pronto, tuvo un presentimiento.

¿La deseaba de verdad? ¿O... o la odiaba?

Ingrid no supo hasta qué punto tenía razón al pensar aquello.

Porque no llegó a ver la puerta a su espalda.

La puerta que se movía lenta y perezosamente...

CAPÍTULO XIII

La muchacha se puso en pie.

No se había quitado la peluca.

Por el contrario, avanzó hacia uno de los armarios y lo abrió. Había aún allí bastantes vestidos que pertenecieron a la señora Pascal. El administrador debió retirarlos, pero no lo había hecho.

Ingrid se los fue probando, por encima, uno tras otro.

No tenía miedo.

Por el contrario, casi se sentía feliz.

Porque pensaba que los ojos de Temple... la *miraban*.

Y en aquel momento, empezó a sonar la música.

Era la música de antes, la de la primera vez. Las notas del *Concierto de Varsovia* llegaban desde todas partes: de las paredes, del techo, del mismo suelo. Las notas estaban como mágicamente suspendidas en el aire. Envolvían la casa, la aislaban del mundo, y hacían de Ingrid su prisionera.

Pero Ingrid no se asustó.

Al contrario, se sentía bien entre aquella música, que, ¡ahora lo sabía! estaba dedicada exclusivamente a ella.

Se desnudó poco a poco, poniéndose uno de los vestidos de la muerta.

Y se miró al espejo.

Ahora sí que era la señora Pascal.

Ahora sí que la mujer a la que Temple amó había resucitado por completo.

Ingrid no se daba cuenta de nada. Estaba como ausente, como extasiada por aquella música que se repetía una y otra vez.

No descubrió que unos ojos la contemplaban desde la puerta, que se había abierto lo suficiente para crear una rendija desde la que podía verse el interior.

Ingrid abrió otra de las puertas.

Daba a un gran guardarropía, pero este interior, sin ninguna

clase de luz. Gracias a la puerta abierta, sin embargo, pedía verse con claridad lo que había dentro.

Estantes y estantes, la mayor parte vacíos. En algunos de ellos había cajas con sombreros y zapatos, pero eso era todo.

No tenía ningún interés.

Ingrid fue a salir.

Pero no llegó a la puerta. Es decir, no tuvo tiempo ni de volverse hacia esta.

Porque la puerta se cerró bruscamente.

Hubo un siniestro «chaaask».

Y la oscuridad reinó en la pequeña habitación.

¡Una oscuridad completa, casi impenetrable!

¡Una oscuridad en la que no se distinguía más que el tenue brillo del hacha!

CAPÍTULO XIV

Ingrid gritó con todas sus fuerzas, con toda su alma. Sintió su propio alarido como si llegara de diez altavoces al mismo tiempo. El grito, como si no lo hubiera lanzado ella misma, estuvo a punto de ensordecerla.

El hacha se movió.

Y en el cerebro de Ingrid penetró como una chis— pita de luz, ingrid se dio cuenta de que, si volvía a gritar, indicaría su situación a los poderes malignos qué manejaban aquel hacha.

Fue a dar un paso de costado.

Y cayó.

Fue eso lo que le salvó la vida, aunque ella no llegara a comprenderlo en aquel momento. De haber estado en el mismo sitio, el hacha la habría cazado de lleno.

Oyó el «ssaaag» siniestro de la hoja, al rasgar el aire.

Y luego, el estruendo en la pared.

El filo del hacha acababa de clavarse en ella, pasando por el sitio donde antes estuvo la cabeza de Ingrid.

Oyó una especie de gruñido. Y le pareció notar que alguien desclavaba el hacha.

Los pensamientos de Ingrid seguían siendo febriles. El primer impulso fue el de saltar hacia la luz, pero al instante comprendió que así estaría del todo condenada. Su única defensa, si es que tenía alguna, era permanecer a oscuras.

Gateó.

Le pareció notar de nuevo el brillo tenue del hacha. Ahora estaba a su izquierda.

Contuvo incluso la respiración para no delatar su presencia.

El hacha tanteaba el terreno.

La buscaba.

Ingrid trató de escabullirse, reptando sobre sus codos, pero hizo para eso un poco de ruido. Y el ruido... ¡la delató!

El hacha llegó a rozarla.

Y entonces le pareció verla alzarse. El golpe decisivo iba a llegar. El filo mortífero estaba sobre su cabeza.

Ni siquiera gritó.

No pensó nada, en ese terrible momento.

Fue su instinto lo que la hizo girarse de costado, dando una vuelta. El hacha también se desvió al rozar contra unos estantes, que se hicieron añicos, y se clavó en la moqueta del suelo, tan profundamente que el «blaaam» pareció hacer estremecer la habitación entera.

Ingrid siguió gateando.

Ahora disponía de medio minuto, tal vez de un minuto entero.

No sería tan fácil desclavar el hacha, que estaba profundamente hundida en el parquet que había debajo de la moqueta.

Oyó otra vez aquel extraño gruñido, semejante al de un animal salvaje que se dispone a atacar.

Intentó llegar hasta la puerta.

Notaba el sitio donde estaba porque bajo esa puerta se deslizaba una delgadísima línea de luz.

Percibió una especie de suspiro.

El hacha ya había sido desclavada.

Ingrid comprendió que el próximo golpe sería decisivo, y que ahora de nada le iba a servir tratar de pasar desapercibida. Tenía que confiar en sus piernas. Mejor dicho... ¡en una sola pierna!

Había perdido el bastón que estaba en algún lugar ignorado de las tinieblas.

Concentró todas sus fuerzas, todas sus energías, todas sus ansias, en la pierna sana.

¡Y saltó!

El choque contra la puerta la hizo tambalearse, pero la puerta se había abierto. La luz del exterior le pareció a Ingrid tan intensa, que por un instante la dejó casi ciega.

Y volvió a oír a sus espaldas el silbido del hacha.

Ingrid había logrado correr dos pasos sin ayuda del bastón, después de cerrar la puerta. Eso la salvó. Si llega a mostrarse menos ágil, el hacha la parte en dos.

Sintió el filo rozarle los riñones. Luego, el hacha resbaló y fue a caer casi entre sus piernas.

Detrás suyo, alguien volvía a gruñir.

Ingrid no tuvo fuerzas ni para volverse.

Toda su energía estaba concentrada en las piernas, con las cuales saltó de nuevo, saliendo del dormitorio. Una vez allí, perdió el equilibrio, pero logró sujetarse a la pared.

Resbaló, mientras lanzaba un grito.

Y hubiera rodado escaleras abajo, si alguien no llega a sostenerla. Unos brazos la cazaron materialmente al vuelo, mientras estaba en el aire.

Ingrid apenas pudo verla.

Apenas distinguió aquel rostro...

¡El rostro de Wanda!

CAPÍTULO XV

Las cosas quedaron grabadas en el cerebro de Ingrid Newcombe de una manera extraña, casi hermética. Fue como una película pasada a trozos, a saltos, y confundida con pasajes negros. Distinguió las escaleras, que parecían subir y bajar; distinguió la puerta de la calle, que oscilaba a impulsos del viento, y que alguien acababa de abrir, minutos antes.

Y distinguió, al fin, el rostro de Wanda, que le pareció irreal; el cuerpo de Wanda, que la apretaba firmemente para que no cayese.

—Ingrid... Ingrid... Por Dios, ¿qué te ocurre?

Ingrid apenas pudo señalar la puerta por la que acababa de salir. Había quedado sin voz.

Wanda susurró:

—Espera.

La sostuvo con más fuerza, y la ayudó a entrar con ella. Ingrid trató de resistirse, presa de un acceso de terror.

—No, Wanda, no... ¡Por favor, no!... ¡Te matarán!

—Pero, ¿quién ha de matarme?

—No lo sé, pero querían... deshacerme con un hacha. ¡Con un hacha!

—¿De verdad te encuentras bien, Ingrid?

La muchacha no tuvo que contestar, porque las pruebas estaban claras. Se veía la puerta del guardarropa medio desgajada por el último y terrible hachazo. El suelo del interior —muy visible ahora a causa de la luz que llegaba desde fuera— acusaba también un impacto. Y no había que hablar de los estantes, varios de los cuales habían caído como si los hubiera sacudido un terremoto.

Wanda no tuvo más remedio que rendirse a la evidencia.

Se llevó las manos a las sienes, mientras balbucía:

—Dios santo...

Por un momento, las dos mujeres quedaron como petrificadas, como aleladas, mirando aquel escenario de pesadilla, en el cual no

se distinguía ya a nadie.

Una voz, llegando desde abajo, las sacó de su estupor.

Era una voz potente y gangosa, que las hizo sobresaltar:

—Eh, lady de la coronilla! Pero, ¿es que va a dejarme plantado aquí? ¿Quién me paga la carrera? ¡La he traído nada menos que desde el aeropuerto de Orly! ¿Es que eso se paga con dos francos?

Wanda musitó:

—Lo había olvidado. Espera.

Salió de nuevo hasta la barandilla del vestíbulo superior, dejando a Ingrid, pero esta la siguió.

Vio desde allí, a través de la puerta abierta, un taxi parado ante la cancela de la casa.

Un individuo vestido de azul y gris, con unos enormes bigotes, parecido a un cochero de la *belle époque*, las miraba desde abajo, con ojos entre divertidos e iracundos.

Wanda le arrojó despectivamente desde arriba un billete de cincuenta francos.

—¡Tome! ¡Cóbrense y guárdense el resto! ¡Y si todos los taxistas de París son como usted, más vale ir a los sitios a pie, se lo juro!

El otro tomó el billete confusamente.

—Bueno, no se ponga así, lady-lady. Es que creí que me la daban con queso. La gente, cuanto más rica parece, más te la pega.

Y se alejó, cerrando la puerta con cuidado.

Wanda refunfuñó:

—El muy bruto pensaba que no iba a pagarle la carrera... ¡Cielos! ¡Nunca había corrido tanto!...

Ingrid acababa de derrumbarse, sentada sobre uno de los peldaños.

Wanda se sentó también.

Las dos mujeres se miraron como si no entendieran la situación. Ingrid se llevó las manos a los ojos, y habló así, entre sus dedos apretados:

—Aún no puedo entenderlo. ¿Cómo estás aquí?

—Ahora no hay distancias. Ahora, volar de Londres a París es como antes tomar el metro de la Opera a las Tullerías. Es que no podía soportarlo, ¿sabes?

—¿No podías soportar qué?

—La sensación de tu soledad. Esta casa tan inmensa, tan... ¡tan

peligrosa!

Inmediatamente después de hablar contigo, he tenido un impulso. He colgado el teléfono, he tomado un taxi y he corrido hacia el aeropuerto. Justamente entonces iba a salir un avión de la Air France. En esta época del año siempre hay plazas libres. He entrado en él cuando iban a retirar la escalerilla, he llegado a Orly, y he tomado un taxi, sin tener que esperar el reparto del equipaje, puesto que no lo llevaba. Mi única intención era hacerte compañía. Pero jamás imaginaba encontrarte así...

Ingrid seguía guardando un tenaz silencio, con las manos apretadas contra los ojos.

—Por favor, dime lo que ha sucedido —suplicó Wanda—. Pero tómate el tiempo que quieras. No tenemos prisa.

Y al fin explicó, detalle por detalle, lo que había casado desde el momento en que ella colgó el teléfono.

Wanda la escuchaba con atención.

Hubo momentos en que parecía incrédula. Un par de veces movió la cabeza como diciendo: «Esto no es posible». Aunque al fin hizo un gesto afirmativo.

—Si no hubiera visto las huellas del hacha, no te hubiera creído, Ingrid.

—Pero las has visto.

—Hay otras cosas que no puedo creer.

—¿Por ejemplo?...

—Que hayas sido tan inconsciente como para ponerte esa peluca. Me cuesta creer que hayas sido tan inconsciente como para no pensar que con la peluca y el vestido te convertías en la señora Pascal.

Ingrid hundió la cabeza.

Otra vez le sucedía, aquello de no tener fuerzas ni para hablar.

Wanda continuó:

—Te has convertido exactamente en lo que era ella. Como si hubiese resucitado. ¿Por qué?...

—No lo sé. ;Si pudiera decírtelo!... Pero no puedo.

—Yo tengo mi propia idea, Ingrid.

—¿Qué idea?

—Te la dijo el propio Robin. Casi me avergüenza repetirlo, pero de mujer a mujer podemos hablar de eso: tú te has enamorado del

difunto Temple.

Ingrid volvió a llevarse las manos a los ojos.

No lo negó al principio.

Pero al fin, bisbiseó:

—Por Dios, no digas eso.

—Sí, ya lo sé. Vas a decirme que te estoy hablando de un amor imposible y estúpido.

Pero esas cosas existen. Hace tiempo leí la traducción inglesa de los poemas de un sudamericano, de Amado Nervo. Me cuesta olvidar aquel verso desgarrado en el que lo explicaba todo: «*¡Estoy enamorado de una muerta!*» También una mujer puede cometer una tontería así; también puede enamorarse de una sombra.

Ingrid movió la cabeza tenazmente en sentido negativo.

—No puedes entenderme, no es eso.

—Me explicaré mejor. No digo que estés enamorada de Temple. Pero tengo que admitir una cosa que hace poco no hubiera admitido: esta casa está llena de su presencia.

Hay, en todo, un influjo suyo. Es como si siguiera viviendo. Y tú te has dejado dominar por ese influjo. A ti te emociona eso de que te desee, de que te persiga. En el fondo, diría que te gusta.

Ingrid gimió:

—Ya, ni siquiera lo sé.

—De todos modos al vestirme y arreglarte así has cometido un espantoso error.

—¿Por qué?

—Hasta ahora hemos partido de la base de que Temple estaba locamente enamorado de su mujer. Hemos partido de esa base porque el administrador Villiers nos dio ese dato, y porque las circunstancias lo confirmaban. Pero no se te ha ocurrido recordar que, pese a todo, fue asesinado por su mujer. No se te ha ocurrido pensar que quizá él quiera vengarse. ¡Que quiera matar a la persona de este mundo que más se párete a su mujer! ¡Que quiera hacerle sentir lo que él sintió! ¡El canto doloroso del hacha!

CAPÍTULO XVI

Los aviones tomaban tierra en el ultramoderno aeropuerto de Orly, con una regularidad y una abundancia que llegaban a impresionar. Tiempo atrás, en el aeropuerto Kennedy de Nueva York, Ingrid recordaba haberse asombrado al ver que los gigantescos aparatos casi se tocaban al aterrizar y al despegar, y al haberle parecido imposible que no ocurrieran accidentes. Sólo el gigantesco tablero de la «TWA» señalaba una salida o una llegada cada dos minutos. Entonces le pareció imposible que en cualquier otro aeropuerto del mundo pudiera ocurrir lo mismo.

Ahora, en Orly ya sucedía igual. Y en Tokio. Y en el excitante aeropuerto de Hong Kong, donde Ingrid también había puesto los pies.

Todo eran luces, movimiento, ruido...

¡Qué lejos quedaba la casa del barrio de Passy!

¡Qué lejos quedaban aquellas paredes con su olor a pasado, encerrando la presencia de un muerto que aún ansiaba vivir!

La voz las sobresaltó al sonar tan cerca:

—Ingrid...

Las dos se volvieron. No había duda de que eran, en aquel momento, las dos muchachas más bonitas de Orly. Lástima que Ingrid tuviera que apoyarse en aquel lujoso bastón de plata, marfil, bronce y ébano...

Robin llevaba solo una pequeña maleta en la derecha. De ella, pues acababa de recogerla, colgaba aún el billete de vuelo de la «Air France».

—Ingrid... —repitió.

Parecía maravillado por el sencillo hecho de verla.

Ingrid balbució:

—No debiste haberte molestado en volver.

—No es molestia, caramba. Esta línea ya me la sé tan de memoria que cualquier día voy a contratarme como piloto. Pero,

¿qué ha sucedido? ¿Por qué me ha llamado Wanda con tanta urgencia?

—Ella te lo explicará.

—Vamos primero a tomar un taxi —susurró Wanda—. Quiero que lo veas tú mismo en el escenario donde han sucedido las cosas.

Todo aquello seguía pareciéndoles un poco irreal mientras circulaban por París, embotellados entre la intensa circulación, envueltos por las luces y aplastados por los mil sonidos de la gran ciudad. Allí todo era real, concreto, rabiosamente material. No había sitio para los fantasmas. Pero cuando llegaron de nuevo ante la tranquila casa del barrio de Passy, todo cambió. Entonces pensó Ingrid que sí, que los fantasmas podían existir.

Porque los fantasmas no podían estar junto a los turistas que se apilaban en L'Etoile o el Trocadero, pero sí que podían estar en aquella silenciosa casa.

El taxi se detuvo ante la puerta.

Robin Stafford pagó, en silencio.

Cuando se detuvieron los tres ante la cancela, al alejarse el taxi, miraron aquella casa como si estuvieran viendo su propio panteón.

Robin masculló:

—¿Y que necesidad hemos tenido de volver aquí? ¿No hay en París magníficos hoteles? ¿No teníamos alquiladas unas habitaciones en el Crillón?

—Déjame entrar un momento sola —musitó Ingrid.

—¿Qué tratas de hacer?

—Necesito pensar.

—¿Y para eso has de estar sola?

—Me siento aturdida. Dejádme, por favor, un momento. Quiero ver la casa otra vez...

a solas. Luego es posible que nos marchemos para siempre.

Robin miró a Wanda significativamente.

Pareció querer decirle:

«Esta chica va a acabar muy mal de los nervios. Está peor de lo que todo el mundo piensa».

Ingrid no notó aquella mirada.

Sólo oyó la voz de Robin Stafford que decía:

—De acuerdo, pero solo cinco minutos. Nosotros estaremos aquí. Si dentro de cinco minutos no nos has dado permiso para entrar,

entraremos de todos modos.

—Te lo agradezco, Robin. Tampoco quiero estar más tiempo ahí.

—En realidad no deberías entrar sola.

—Lo sé. Pero necesito pensar...

Era verdad.

Necesitaba convencerse de que no soñaba. Quería palpar, por última vez, el ambiente de la casa.

El aire de la casa...

Entró sin hacer ruido, mientras Robin encendía un cigarrillo en el jardín anterior.

Aquella brasita la tranquilizó. A veces nos tranquilizan las cosas más insignificantes.

Indicaba que Robin estaba cerca, dispuesto a protegerla si hacía falta.

La casa estaba a oscuras.

La muchacha cerró con precaución.

No se escuchó ni siquiera un leve «chask».

El silencio se había espesado más. En aquel momento llegaba a ser agobiante.

¿El silencio?

¿No se escuchaba allí una voz?

¿No llegaban unas palabras quedas, atravesando las paredes de la casa?

En el primer momento, a Ingrid le pareció que aquello era una cosa sobrenatural.

¡Habían ocurrido ya tantas cosas extrañas, increíbles!

Pero pronto se convenció de que no había nada de eso. Todo era normal. Bueno, normal según como se mirase. Alguien estaba hablando a oscuras en la biblioteca, y por la puerta entreabierta llegaba la voz hasta el vestíbulo.

Sólo se oía la voz de un hombre, lo cual indicaba que debía estar hablando por teléfono.

Aquella voz se había alzado.

Ahora Ingrid la oía perfectamente.

—¡Y te lo prohíbo! ¿Entiendes? ¡Te lo prohíbo absolutamente! Si eso vuelve a ocurrir, avisaré a la policía!

—¡No me expliques nada! ¡No quiero palabras, sino hechos! ¡Te prohibí absolutamente que entraras en esta casa, y tú me has

desobedecido! ¡No tienes ni que acercarte al barrio de Passy! ¿Me has entendido bien? ¡Ni acercarte!

—...

—¡Claro que tengo derecho a mandártelo! ¡Tengo derecho para eso y para mucho más! Y oye bien lo que te digo: la próxima vez no hablaré yo, sino que hablará la policía. El barrio de Passy está prohibido para ti. Y mucho más la casa que he alquilado. Ahora ya lo sabes. ¡Cuidado con que vuelva a ocurrir lo que ha ocurrido hoy! ¡Cuidado, te digo!...

—...

—¡No volveré a advertírtelo!

Y se oyó el chasquido del teléfono al ser colgado.

Ingrid se pegó a un lado de la pared.

Los pasos del hombre pasaren junto a ella.

Entrevió su silueta en las sombras, pero, en realidad, no le hizo falta mirarlo por saber quién era. Había reconocido su voz. Se trataba del administrador Villiers.

Villiers se dirigió hacia la puerta exterior.

No hacía falta mucha imaginación para saber cómo había entrado: tenía que poseer una llave.

Pero, de pronto, encontró la puerta abierta y se detuvo. Por el resquicio miré hacia fuera y debió distinguir las siluetas de las dos personas que aguardaban en el exterior.

Eso le hizo detenerse confusamente. Debió pensar que su acto bordeaba lo ilegal; en todo caso, tendría que dar enojosas explicaciones.

Ingrid le vio retroceder y acercarse a una de las ventanas de la parte lateral de la casa.

La abrió con sigilo.

Se deslizó por ella, desapareciendo.

Ingrid apretó los labios.

Salió de la casa.

Robin, que aún fumaba el mismo cigarrillo, la miró con sorpresa.

—¿Qué pasa? Aún no han transcurrido los cinco minutos...

—¿No has visto pasar a nadie por la calle? ¿Nadie ha doblado esa esquina?

—Bueno, ahora que lo dices... Me ha parecido ver pasar a

Villiers, pero yo diría que es imposible.

—No tanto. Villiers estaba dentro.

—¡Diablos! ¡Vaya con el administradorcete! ¿Y qué hacía?

—Amenazaba a alguien.

—¿A quién?

—No he podido enterarme. Pero, sin duda, a alguien que ha entrado en esa casa.

Robin lanzó un silbido.

—Ahora lo entiendo todo, preciosa. Afortunadamente ya se va aclarando.

—¿Qué es lo que entiendes?

—Ese Villiers es un pájaro de cuenta. Para que no le descubran, ha estado trayendo una amiguita aquí. Así, si pasaba muchas horas en esta casa, podía decirle a su mujer que estaba «trabajando».

Y ahora la amiguita se ha extralimitado. Ha venido aquí sin permiso de Villiers. Y él le ha advertido para que no le hundiera el negocio.

—No puede ser eso. Robin.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque es una explicación demasiado sencilla: en se rundo lugar, porque me ha dado la sensación de que hablaba con un hombre. En tercer lugar, porque la amiguita no hubiera tratado de quitar estorbos de en medio, matándome con un hacha.

—¿Qué dices? ¿Con un hacha?

Ingrid se mordió el labio inferior.

—Es verdad —musitó—. Tú no sabes lo que ha ocurrido.

—Sería mejor que me lo contaras, ¿no?

Ella decidió contárselo allí mismo.

Lo hizo sin vacilaciones, sin miedo, como si explicara algo sucedido a otra persona, a la que ni siquiera conociese.

Robin había palidecido.

Al fin, barbotó, con esfuerzo, como si se hubiera quedado sin voz:

—¿Estás segura de lo que dices?

—Wanda misma lo ha visto.

—Pues eso ya pasa de la raya. Ya no se trata de espíritus más o menos enamoradizos o más o menos interesados por tus curvas,

Ingrid. Ahora ha sido un intento de asesinato.

Hemos de avisar a la policía.

—No lo hagas, Robin.

—¿Y por qué no?

—No olvides que Temple fue asesinado con un hacha.

Robin estaba más pálido cada vez.

Dijo con un soplo de voz:

—¿Te das cuenta de que volvemos a lo mismo? ¿Te das cuenta de lo que piensas? Los espíritus no pegan hachazos, que yo sepa.

—Tampoco cortan los eslabones de las cadenas de las lámparas ni derriban los muebles que pesan más de cien kilos.

Robin iba a decir algo, pero, de pronto, apretó los puños con un gesto de impotencia.

Dio la sensación de que las palabras de Ingrid le habían aplastado.

—Está bien —murmuró—. Si no quieres que avise a la policía, vámonos de aquí.

—¿Adónde?

—A cualquier hotel.

—Es inútil; me seguirán. Sé que no voy a estar a salvo en ninguna parte.

—¡Ingrid, te has vuelto loca!

Ella apretó los puños también. Se sentía tan impotente, tan sola, que se echó a llorar.

—¡Acabaré matándome! —jadeó—. ¡Acabaré matándome para olvidar de una vez esta pesadilla!

La voz le hizo apartar las manos de los ojos.

Era una voz perfectamente conocida:

—Señorita, ¿le ocurre algo? ¿Han intentado hacerle daño?

Ingrid vio aquel rostro como entre sombras.

Era el de un hombre joven, con una expresión bondadosa y preocupada.

—Diga, ¿le ocurre algo?

—Lo he llamado yo —aclaró Wanda—. Estaba en la esquina. Me ha parecido mejor que viniese para aclarar algunas cosas. Es un policía de servicio.

—Lo único que yo he oído —murmuró el joven— es que quiere matarse.

—Si —dijo pesarosamente Robin—, pero no le haga caso. Está algo trastornada.

—Si necesita asistencia, puedo llamar a una ambulancia.

—No —murmuró ella—. Por favor, no. Yo vivo en esta casa, ¿sabe? No me ocurre nada.

—Eso que decía de suicidarse, ¿era una broma?

Robin intercedió, con gesto de hombre de mundo:

—No haga caso, agente. La señorita es inglesa, como habrá observado por su acento.

Nosotros también lo somos; todos nuestros documentos están en regla. Hemos tenido algunos pequeños problemas últimamente y por eso está algo alterada. Pero no le ocurre nada especial. Además, yo cuidaré de ella.

El hombre cabeceó.

—¿Está de acuerdo, señorita?

—Si —dijo débilmente Ingrid.

—De todos modos, si me necesita, llámeme. Yo hago la ronda por esta calle. Bastaría una llamada desde cualquier ventana.

Aquellas palabras tranquilizaron a Ingrid.

No supo por qué, pero la presencia del agente en la calle le hizo sentirse inmensamente protegida.

Estaba lejos de imaginar, sin embargo, que la presencia del policía... ¡significaba su sentencia de muerte!

¡El policía era auténtico!

¡Estaba dispuesto a protegerla con todas sus fuerzas!

¡Patrullaría por la calle sin descanso!

Pero en el frío cerebro que había decidido la muerte de Ingrid, aquel policía era lo único que faltaba... ¡Para que Ingrid muriera!

CAPÍTULO XVII

La luz de la lámpara partía en dos el rostro de la muchacha. Esta miraba, como absorta, las volutas de humo del cigarrillo. Estaba como ausente, como transportada a un mundo lejano.

Hasta que el cigarrillo le quemó en los dedos.

Entonces lo soltó con un gesto de dolor.

Y clavó los ojos en el hombre, que la contemplaba con expresión angustiada.

Tan angustiada, que Ingrid tembló.

—¿Qué te pasa, Robin?

—Nada...

—Quizá nunca te había visto así, con una cara tan sombría. ¿Por qué no me lo cuentas?

Al fin y al cabo estamos solos. Wanda descansa en el salón. ¿Por qué no me lo cuentas?

Aunque solo una cosa quisiera preguntar, Robin.

—¿Cuál es? Pregunta lo que sea. Estoy deseando darte una respuesta...

—Ese policía de servicio, ¿pertenece a las patrullas que vigilan normalmente las calles de París?

—Pues... ¡pues claro! ¿Por qué? Wanda lo ha visto descender de un coche de la gendarmería. Esos hombres tienen unas zonas de ronda.

—¡Qué extraño!

—¿Por qué te parece extraño?

—Al principio me ha dado la sensación de que veía un fantasma. Incluso ahora tengo una terrible sensación de irrealidad.

—No te entiendo, Ingrid. ¿Por qué?

—Yo conozco a ese hombre. Me sentía tan trastornada que no he querido recordárselo, aunque él también me ha conocido a mí perfectamente. Es francés, pero vivió varios años en Inglaterra—. Se llama Ted. Me ayudó en momentos muy difíciles de mí vida.

Robin hizo un gesto de preocupación.

—Ingrid, quien sea ese hombre no nos importa ahora. Se trata de un agente de la ley, que vigila la zona. Nada mis.

Robin dio unos pasos por la habitación, e hizo un gesto como si quisiera sacudirse del cerebro un terrible pensamiento.

Se pasó una mano por la frente.

—Ingrid, estoy preocupado.

—¿Por mí?

—Por ti.

—Ya sabes lo que me ocurre, Robin. Pero no pienses que estoy enamorada de un muerto. Simplemente ocurre que...

—Ya sé; lo que ocurre es que el deseo de aventura puede más que tú. El misterio es para ti un desafío ante el que no quieres dejarte vencer. Pero no es eso lo que pienso: hace poco ha ocurrido algo que lo cambia todo.

—¿Qué ha ocurrido?

Robin dijo con voz lenta:

—Has hablado de matarte.

Ingrid cerró de repente los ojos, como si estos hubieran sido heridos por un rayo de luz.

—No me hagas caso, Robin.

—No olvides que conocí mucho a tu padre.

—¿Y... y qué?

—Tu padre se mató.

Ingrid acarició el bastón que descansaba junto a su butaca, como el que acaricia un último recuerdo.

—No sé de qué hablas, Robin.

—Claro que lo sabes. ¿De verdad piensas que fue un accidente de coche?

—Eso... dijeron todos.

—¡Ingrid, no estás hablando para la Prensa! ¡Estamos hablando los dos!

Ella volvió a cerrar los ojos.

Tenía la prueba de qué su padre se mató.

La tenía en aquel bastón.

Pero eso aún no lo sabía nadie.

—¿Y qué? —dijo—. De acuerdo, fue un accidente que él mismo provocó. Se lanzó intencionadamente contra aquel camión enorme,

metiéndose bajo las ruedas en su pequeño coche. Pero eso, ¿qué tiene que ver conmigo?

—Mucho. Siento hablarte de esto, Ingrid, pero en tu familia no fue tu padre el único en quitarse la vida. Ha habido otros casos. Gente que se mató sin razón aparente, sin causa alguna, precisamente cuando la vida le sonreía.

—¿Y... y qué?

—Ingrid, esas tendencias se heredan. Repito que me duele hablar de eso. Pero tu accidente de coche, ¿fue del todo involuntario? ¿No pensaste, en un momento de locura, que tal vez... tal vez...?

Ella se estremeció.

Gimió con las facciones crispadas, como si hubieran blasfemado delante suyo:

—¡No! ¡No! ¡Te juro que no...!

—Eso me tranquiliza. Ingrid. Te prometo que hasta ahora no había pensado en eso,

¿sabes? Pero lo has dicho y... y... Bueno, tú estás sufriendo una terrible depresión. No quisiera que pensases eliminarla... de un modo digamos definitivo.

—Te prometo que eso no ocurrirá. No solo porque el suicidio es inútil. Además, tengo creencias religiosas.

—Lo sé, pero nadie está garantizado contra un momento de locura. ¿Puedo dejarte sola, Ingrid?

—Sí. Con completa tranquilidad.

—¿Quieres que Wanda duerma contigo?

—No. Sería ridículo, ¿verdad? Ya no soy una chiquilla.

Robin se levantó pesadamente.

—Buenas noches, Ingrid. Hemos acordado, con Wanda, que mañana regresaremos todos a Londres. Supongo que no tendrás inconveniente.

—No, no lo tendré.

Robin Stafford parecía más tranquilo.

Salió, cerrando suavemente.

Ingrid se puso en pie, y caminó apoyándose en el bastón, pero sin hacer ruido.

Su propio bastón le daba miedo.

Un miedo atroz...

¿Por qué?

Ingrid lo sabía. Pero lo que no sabía era que aquellos dos ojos la estaban contemplando. Aquellos dos ojos grandes, redondos, en los que se leía un extraño diseño de muerte...

* * *

La muchacha se detuvo y miró la ventana.

Había perdido otra vez la noción del tiempo.

Sentía como si un reloj gigantesco, un enorme «tac, tac, tac, tac» resonara dentro de su cráneo.

Los ojos estaban a su espalda.

Pero ella no los veía.

Se acercó a la ventana y la abrió.

Un viento frío le saltó a la cara. Normalmente, el viento siempre es fresco en París, pero ahora era casi helado. Además, presagiaba tormenta.

Y el pensamiento pasó por la cabeza de Ingrid.

¿Por qué no?...

Era verdad lo que le había dicho Robin Stafford. En su familia los casos de locura suicida habían abundado de una manera alarmante. Ella recordaba tres. Su padre había sido el último. Su padre, a quién nada material parecía faltarle para ser feliz...

Ella ahora sentía vértigo.

¿Era casualidad... o era el destino?

¿Por qué estaban allí, delante de sus ojos, las puntas de la verja? ¿Por qué estaban allí aquella especie de lanzas sobre las que podía caer, clavándoselas hasta el fondo?

Parecían haber sido limpiadas recientemente.

Y le obsesionaban.

Era la verja de puntas más afiladas, más enhiestas, que había visto jamás.

El pensamiento volvía a estar allí.

Venía y se iba.

Un pensamiento venenoso.

Acabar... Acabar...

¡Qué fácil sería! Simplemente, ponerse de pie sobre el alféizar de la ventana Dejarse caer. Se desplomaría de lleno sobre la verja, y las

puntas de esta harían el resto. Cuando la descubriesen, estaría ensartada como un pajarillo en las espinas de un rosal. Hasta era hermoso.

Por un momento estuvo a punto de hacerlo.

Una fuerza irresistible la empujaba.

La dominaba.

Sentía aquel vértigo, aquella voz lejana... lejana...

«¡Hazlo! ¡Hazlo! ¡Es fácil, Ingrid! ¡Hazlo!

Se puso en pie sobre el alféizar.

Sólo tenía que dejarse caer.

Un momento bastaría.

Un momento y...

Y entonces lo supo.

Supo que *aquello* estaba a su espalda.

Entonces adivinó la presencia de los ojos.

¡Los ojos clavados en su nuca! ¡Los diabólicos ojos que querían mataría!

CAPÍTULO XVIII

El frío recorrió poco a poco la espalda de Ingrid.

Se volvió de repente. Se volvió con una agilidad que ella misma no esperaba, saltando del alféizar a tierra, al interior de la habitación, aun a riesgo de que le fallaran las piernas.

Y la vio.

La mujer estaba allí.

La que había visto huir la primera noche.

Con sus cabellos cortos y negros. Con sus ojos acerados. Con su vestido oscuro, que se confundía en las sombras. ¡Con su hacha resplandeciente en las manos!

Ingrid tragó saliva.

Fue extraño lo que le sucedió.

No tuvo miedo.

Sabía que estaba perdida, porque ya no podía retroceder, pero eso no la asustó. Al fin y al cabo había pensado morir unos segundos antes. Morir de otro modo y unos segundos después, ¿qué importaba?

Quizá fue eso lo que detuvo la mano asesina.

Fue eso lo que hizo vacilar a la extraña mujer, que la miraba con el odio fanático de una loca.

Si Ingrid hubiera saltado, si hubiera tratado de defenderse, el canto del hacha hubiera caído sobre ella. Pero aquella mirada serena, tranquila, pacífica, desarmó a la mujer. Por un momento no lo entendió, e incluso abrió la boca, asombrada.

Ingrid preguntó con una glacial serenidad:

—¿Por qué me odia?

La voz, al responderle, pareció llegar de muy lejos. La mujer dijo roncamente:

—Nadie puede ocupar su puesto. Ninguna intrusa puede usurpar el sitio de Jacqueline Pascal.

Los labios de Ingrid, que seguía sin tener miedo, dibujaron una

helada sonrisa.

—Ya comprendo. Adora el recuerdo de la señora Pascal, y no puede soportar que otra mujer ocupe su puesto. ¿Qué era usted? ¿Su ama de llaves? ¿Su sirviente de confianza?

¿Su mejor amiga?

—Todo a la vez —musitó la mujer, desarmada por el tono dulce de Ingrid—. Era la única persona en la que podía confiar. La única a la que se lo contaba todo, en especial cuando su marido la engañaba. La única que la despidió en su última noche, cuando la condenaron injustamente...

—¿Y su hijo? ¿No la despidió?

—¡Su hijo es un débil mental, un pobre idiota! ¡No está capacitado para nada! ¡Por eso el granuja de Villiers lo mangonea todo!

Los ojos de la mujer se habían enfebrecido.

Tras unos instantes de calma, volvía a estar rabiosa.

Pero Ingrid, con la misma expresión dulce, quizá porque no le importaba la muerte, susurró:

—La comprendo. Si puedo, la ayudaré. Y créame que para complacerla me iré de esta casa.

La otra vaciló.

Ingrid no tenía duda de que se encontraba ante una pobre loca.

Una pobre mujer que solo tuvo una amiga en el mundo. Y a esa única amiga la habían llevado, casi ante sus ojos, hasta la guillotina...

—¿De veras va a irse? —susurró la otra, moviendo el hacha.

—Se lo juro.

—¿Y la otra mujer?

—Se irá conmigo.

—De la otra mujer no me fío. Tiene cara de loba.

—¿La ha visto?

—Yo lo he visto todo. Yo entro y salgo de esta casa porque la conozco mejor que nadie.

—¿Usted se acostó en la que había sido la cama de su señora, la primera noche que yo llegué aquí?

—Sí.

—¿Y las pelucas?

—También. Todo lo que había sido de la señora Pascal debe ser

conservado. Es solo suyo. Ninguna intrusa tiene derecho a profanarlo.

—Siento haberlo hecho —murmuró Ingrid—. Pero le juro que no fue mi intención. Y mañana esta casa quedará libre. Quedará libre para usted sola, si la quiere. La he pagado por todo un año. Puedo impedir que alguien la ocupe. Sólo usted.

Los ojos de la mujer se iluminaron.

Aquellas palabras parecieron ser las más maravillosas que había escuchado en su vida.

—¿De verdad va a hacerlo?

—Se lo juro.

—Pobre de usted si me engaña —dijo la mujer lentamente, con una lentitud siniestra—. Le prometo que se arrepentirá, porque yo estaré vigilante. Pero pobre también del que se atreva a hacerle daño esta noche...

Y retrocedió poco a poco.

Se deslizaba como una sombra, como una serpiente.

Hasta que desapareció.

Ingrid sintió el frío hasta el fondo de sus huesos.

Y fue entonces cuando sintió el miedo. Fue entonces cuando se dio cuenta de lo cerca que había estado de morir.

Cerró la ventana poco a poco.

Desapareció la visión de la verja.

Ahora muchas cosas se habían aclarado para Ingrid. Tomó el bastón y oyó otra vez el «toc... toc... toc...» que penetraba en su cráneo. Miró el bastón casi con odio. Abrió la puerta y descendió la escalera.

Usó el teléfono de la biblioteca.

El número de Villiers...

Había llegado a aprenderse de memoria el número de Villiers.

La voz del administrador, que ya empezaba a estar cargada de sueño, le respondió:

—Diga...

—Señor Villiers, por favor...

—Caramba... Encantado de oírla.

Pero se notaba, por su acento, que estaba pensando: «¿Por qué no te vas a la porra, nena?»...

—Sólo quiero hacerle una pregunta, señor Villiers.

—Hágala, hágala...

—Sería inútil que usted intentara engañarme ahora. Le he visto salir de la casa hace poco.

El otro carraspeó.

Durante un largo minuto pareció no saber qué decir.

Al fin murmuró:

—Creí que no me había visto nadie, pero... pero comprendo que le debo una explicación, *miss Newcombe*.

—Démela. Para eso le he llamado.

—Bueno, es que... Verá... Yo...

—Le facilitaré las cosas, señor Villiers. ¿Llamaba usted al hijo de la señora Pascal?

—¿Cómo lo sabe...?

—Dejemos eso ahora, señor Villiers. ¿Es cierto o no?

—Sí. Es cierto. Yo le explicaré...

—¿Había entrado él en la casa?

—Verá: en ella hay algunas cosas de su madre y... y... Trate de comprenderlo, *miss Newcombe*.

—Lo comprendo perfectamente, y no culpo al pobre muchacho, sobre todo si es un débil mental.

—¿Cómo sabe eso también? Yo no se lo digo a nadie. Es precisamente una situación penosa que trato de ocultar y...

—No se disculpe. Creo que cumple usted perfectamente su cometido, Villiers. ¿Usted está al cuidado de los bienes?

—De todos.

—Y del chico también, supongo.

—Por descontado que sí... Bueno, ya no es tan chico. Pero yo lo administro todo. Y si alguien pide cuentas, puedo rendirlas en cualquier momento. Las tengo al día.

—No se trata de eso, señor Villiers. Sólo quería asegurarme de que usted llamaba a Pascal desde la casa. Y pedirle que no le trate con tanta rudeza ni amenace con llamar a la policía. Él tiene sus motivos para querer venir a esta casa.

—Cierto, pero... pero me vuelve loco, ¿sabe? He de seguirle a todas partes. Cuando supe que había estado ahí me puse furioso y...

—¿Por qué le llamó desde aquí?

—Porque era el teléfono que tenía más cercano. Contando con mi llave, claro. Me dijeron que le habían visto merodear cerca de la

casa. Yo fui, entré, vi que había tocado cosas de su madre, y le llamé por teléfono. No pude contenerme.

—No tiene importancia, señor Villiers. Y perdone. Le estamos molestando mucho. La última vez, mi prometido le llamó para preguntarle cómo era la señora Pascal, y dónde podíamos encontrar un re—trato suyo. Nos estamos poniendo pesados, y usted debe pensar que somos idiotas.

Al otro lado del hilo carraspearon.

Villiers murmuró:

—Los, clientes como usted nunca son pesados, *miss Newcombe*. Pero, ¡ejem! debe haber una confusión. No recuerdo que su prometido me llamara.

—¿Cómo que no? Estaba yo delante.

—Debe haber una confusión, *miss Newcombe*. Su prometido nunca me preguntó por el aspecto de la difunta señora Pascal. Ni yo le dije dónde había retratos de esta. Es decir, no creo que exista ninguno.

Ingrid tragó saliva.

Una saliva densa, amarga,

Y musitó:

—¿No le habló usted de un cajón de la biblioteca, debajo de la Enciclopedia británica?

—Pues... pues claro que no.

—¿Seguro?

—Todos esos detalles los recordaría, *miss Newcombe*. Claro que... Bueno, no creo que la cosa tenga ninguna importancia, ¿verdad?

Ingrid susurró:

—No tema, señor Villiers. No perjudica usted a nadie con esas palabras. Sólo dice una verdad que no puede imaginar siquiera.

Y colgó.

Un sudor helado cubría sus sienes.

Un sudor que llegaba hasta las comisuras de sus labios.

Se sentía perdida, acorralada, hundida.

Con un dolor muy denso metido dentro del alma.

Ahora lo comprendía todo.

Ahora lo sabía todo.

No le extrañó ver abrirse la puerta de la biblioteca.

Ni ver aparecer en ella a Robin Stafford y a Wanda.
Unidos por sus manos. Unidos por una mirada cómplice.
No le extrañó ver la pistola en la derecha de Robin.
Ni oír cómo se acercaba.
Ni sentir el cañón clavado en su sien derecha...

CAPÍTULO XIX

Robin musitó:

—Lo siento, preciosa. No quería que las cosas llegaran a este extremo. Hubiese preferido que lo hicieras tú sola.

Ingrid no se movió. Con una indiferencia que impresionaba, apoyó simplemente las manos en su bastón.

—No te haré gastar mucha saliva, Robin —murmuró—. No te haré gastar mucha saliva antes de que me mates. Todo esto lo haces porque estás arruinado. Porque la famosa fortuna de los Stafford ya no existe...

Él le dirigió una sonrisa felina.

—Tienes razón, muñeca. La fortuna de los Stafford ya no existe. Hace más de un año que estoy totalmente arruinado.

—Y por eso me pediste que, ya que íbamos a casarnos, hiciéramos testamento, dejándonos recíprocamente nuestras fortunas, ¿verdad? Porque la mía sí que existe. Y a partir de ese momento yo solo tenía que pensar en morir...

La sonrisa felina se repitió.

Robin dijo con voz lenta:

—Exacto, pero tenía que hacerlo bien. Yo ya no soy un niño ni caeré en la tentación de cometer un crimen por el que puedan llevarme a la horca o a la guillotina. Conocía bien tus antecedentes familiares, y me dije que no sería tan difícil meterte en la cabeza la idea del suicidio. Pero eso lo tuve que preparar con tiempo. Durante meses y meses busqué por París, en secreto, cuando tú me dijiste que pensabas trasladarte aquí. Al fin encontré esta casa, que era ideal. Aislada, tranquila, con detalles siniestros, con un dueño que había muerto y con una dueña que había acabado en la guillotina...

—De modo que la elegiste tú, ¿verdad? Ahora recuerdo que fuiste tú quien me la aconsejó.

—Bueno... La elegimos entre Wanda y yo. Porque Wanda y yo... ¡ejem!... hemos hecho muchas cosas juntos, sobre todo muchos

planes, desde aquella noche que nos conocimos en el castillo de Windsor. Si te sugerí también la idea de una señorita de compañía fue para colocar a Wanda a tu lado, y así desarrollar mejor nuestro plan. Con el fin de alejar tus sospechas, pagué los anuncios en los periódicos y llamé a las agencias, pero Wanda sabía que tenía que presentarse en el momento oportuno y la primera...

Ingrid tragó saliva, aquella saliva que le sabía espantosamente amarga.

—¿Cuál era tu idea al traerme aquí? —musitó.

—Llegar a enloquecerte. Llegar a provocar en ti una auténtica psicosis de suicidio.

Esta noche, precisamente, es la ideal. Wanda ha logrado atraer, en el momento oportuno, al policía de servicio, para que te oyera decir que ibas a matarte. No podíamos encontrar mejor testigo...

—He estado a punto de hacerlo, Robin.

—¿Y qué te ha detenido?

Ella tragó saliva de nuevo, mintiendo:

—No lo sé.

—Pues es una lástima, porque hubiera sido todo más fácil. Ahora tendré que hacerlo yo. Claro que con un disparo en la sien, con la pistola en tu mano, con tus antecedentes familiares, con lo que el policía ha oído antes...

—Lo tienes todo muy bien preparado, ¿verdad?

—Soy un hombre inteligente, muñeca.

—Eres un insecto, Robin. Y Wanda es una víbora.

—Tus insultos de nada sirven ya, Ingrid.

—Y yo siento hablar así. No quisiera morir como una fregona... Moriré con dignidad, puesto que, al fin y al cabo, tampoco me importa tanto. Pero dime, antes, ¿tú instalaste un equipo oculto de alta fidelidad la noche antes de que visitáramos la casa para que oyese el *Concierto de Varsovia*?

—Sí, lo hice. Y Wanda, que ya me ayudaba, lo puso en marcha en el momento oportuno.

—En cambio, debiste ponerlo en marcha tú, cuando Wanda y yo estábamos solas,

¿verdad? Cuando a mí me pareció que lo transmitían por televisión, y Wanda fingió no oírlo...

—Exacto. También ocurrió así, preciosa.

—La guillotina cuya hoja cayó, ¿fue obra tuya?

—No, eso no. Debió ser obra del hijo de la señora Pascal, que de vez en cuando se metía en esta casa.

—¿Y lo de la lámpara que cayó? ¿Y el mueble? ¿Por qué pusiste en peligro mortal a Wanda? ¿Tan necesario era eso?

—Sí. Para que tú te apoyaras precisamente en ella, buscaras su ayuda y no sospecharas jamás. Pero, en realidad, no corrió peligro en aquellas situaciones, que habíamos ensayado muchas veces. En las dos ocasiones, yo le hice una señal desde un sitio oculto, y ella se apartó a tiempo. La lámpara la hice caer tirando con un hilo muy delgado y fuerte del eslabón, que ya estaba flojo. El mueble fue más difícil. Empleando mi pie por debajo de la mesa, necesité tirar con tremenda fuerza de un cable muy fino y sólido, de acero, que sujetaba una de sus patas, también rota previamente.

—¿Y lo de mí cara dibujada en la humedad del cristal? ¿A quién se la encargaste?

—A un pintor de Montmartre, de los que pululan cerca de la Place du Tertre. Lo hice horas antes, dándole un retrato tuyo. Ya sabes que esos dibujos duran mucho. Cuando me interesó que lo vieras, corrí discretamente la cortina.

—¿Y los falsos dibujos de la señora Pascal, que trajiste aquí? ¿También los hizo el mismo pintor?

—Sí. El mismo, empleando un retrato tuyo, que le di como modelo.

—Seguro que yo no me parezco a la señora Pascal. ¿Por qué querías fingir lo contrario? ¿Por qué ideaste la trampa de llamar al administrador, pero marcando otro número, mientras Wanda bloqueaba el teléfono supletorio?

—Porque tenía que introducir ese nuevo elemento de inquietud en tu mente. Por un lado, eso te excitaría más a permanecer en la casa, que era un sitio ideal para acabar contigo. Por otro lado, quizá así te probarías las ropas y los vestidos de la difunta. Su antigua ama de llaves, cuya existencia yo ya conocía, no te lo perdonaría jamás, y trataría de acabar contigo... Esa hubiera sido para mí la solución ideal, compréndelo. Y estuvo a punto de resultar...

Ingrid sintió frío en la columna vertebral.

Se daba cuenta de que estaba acorralada, perdida.

Robin, después de lo que acababa de decir, ya no la podía dejar

viva.

Era el fin...

O quizá no lo era.

Por eso era lo que daba más pena a Ingrid. Que quizá no lo fuese.

Ella sabía por qué.

Con una inmensa amargura, musitó:

—De acuerdo, Robin. Una suicida tiene que ponerse cómoda. De otro modo no lo creerían. Deja que, al menos, coloque bien mi bastón...

Y lo alzó un poco.

Apoyándolo fugazmente en el pecho, en el corazón de Robin.

Sonó un grito.

¡Un alarido de muerte!

Robin soltó la pistola, sin disparar, mientras la punta del estoque salía por el otro lado de su cuerpo, después de haberle atravesado por completo. Ingrid la sacó, se inclinó y recogió la pistola. El bastón parecía quemarla. Sobre todo, el resorte de la empuñadura que movía el estoque. Lo soltó con un gesto de asco...

Wanda estaba petrificada.

Miraba, con ojos absortos, terriblemente abiertos, aquella pistola que ahora la apuntaba, y por la que llegaría su fin...

Ingrid musitó:

—Descubrí que ese bastón era de estoque por pura casualidad, hace unos meses. Mi padre se lo compró en Londres para acabar su vida con él, pensando que así sufriría menos. Pero ordenó que se lo trajeran a casa unos meses más tarde, por si entretanto se arrepentía de la idea. Cuando me lo trajeron a mí, su heredera, él ya estaba muerto.

El momento de locura se había adueñado de él un día, yendo en su coche...

Wanda estaba aterrada. Sus ojos se le salían de las órbitas. Con facciones desencajadas, barbotó:

—No... no dispaes, Ingrid... Todo fue idea de Robin... Él lo maquinó todo. Yo solo me dejaba llevar. Yo no quería hacerte daño... ¡Te lo juro! ¡No quería!

Ingrid hizo un gesto de desprecio, mientras bajaba la pistola poco a poco.

—Vete, Wanda —musitó—. Te equivocas si crees que encuentro algún placer en la muerte de los otros. Vete y no vuelvas más. En ti misma llevas tu propio castigo. Vete...

¡Vete!

Su última palabra había sido un grito. Wanda dio media vuelta, pero no pudo andar aún. Sus rodillas temblaban.

—¡Vete...!

Wanda echó a correr al fin.

Llegó frenéticamente hasta la puerta de la calle.

La abrió.

Se enfrentó a la noche.

¡A la muerte!

Ingrid no supo de dónde había salido el hacha. No llegó a verlo siquiera. Sólo lanzó un alarido al sentir el «chaask» horrible de aquella cabeza hendida al adivinar el impacto brutal de la sangre...

La mujer vestida de negro cayó de rodillas. La pobre loca se abatió casi sobre su víctima.

Y en aquel momento, Ted apareció en la puerta.

El hombre que ya había ayudado a Ingrid en sus momentos difíciles.

Tras él estaba la noche.

El aire de París.

La vida. La vida otra vez. Los recuerdos que la ayudarían a renacer de entre las propias cenizas.

Ingrid miró, con ojos extraviados, la casa.

Las escaleras, los cuadros, el piano, aquel aire misterioso, quieto, cerrado donde se había detenido el tiempo.

Y entonces tuvo que taparse frenéticamente los oídos.

Alguien pasaba por la calle, llevando a toda marcha un transistor.

Por la radio daban el Concierto de Varsovia...

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispensa
a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España